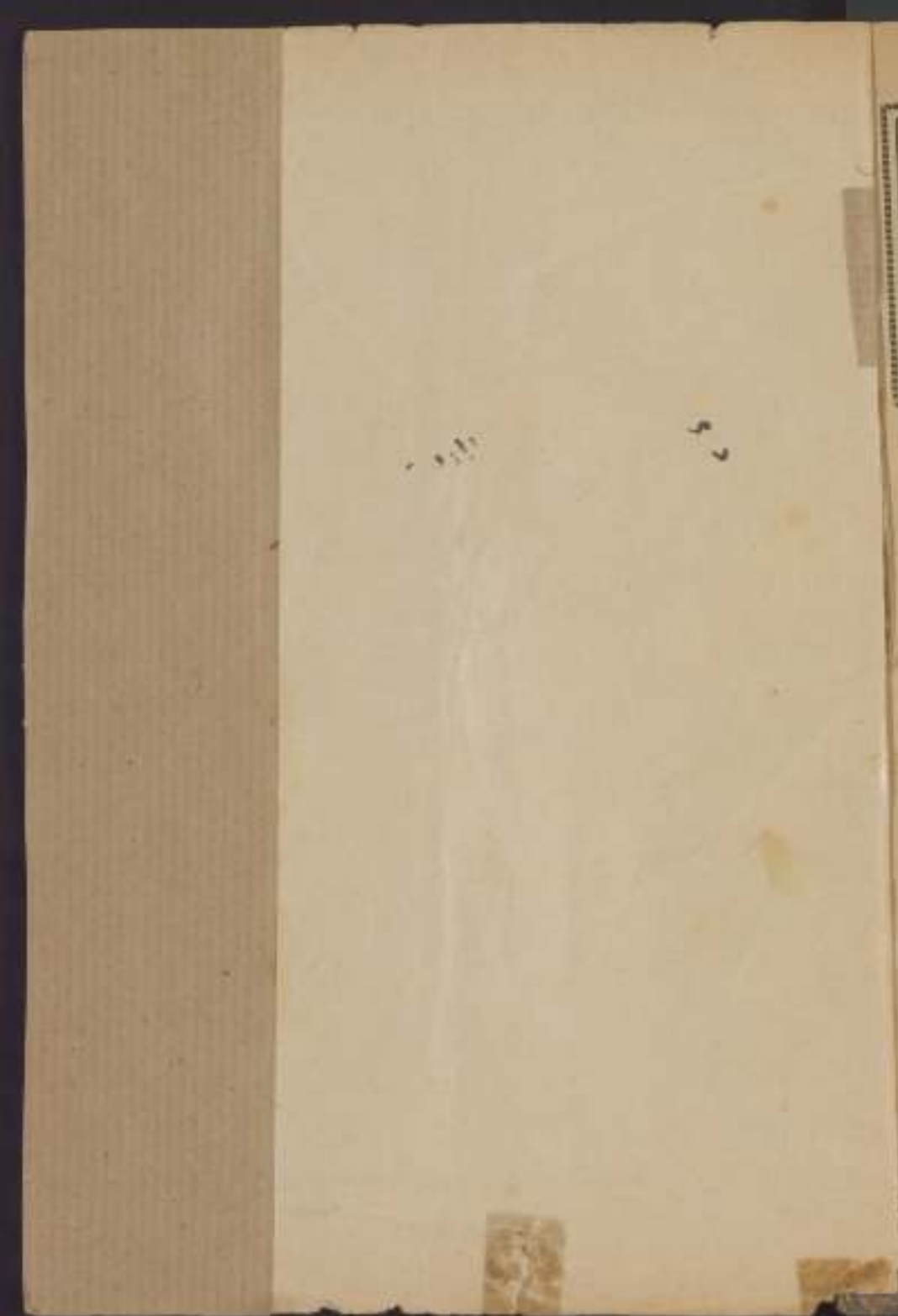


EDICIONES
BISTAGNE

1
pta

ICAROS

Ramón
Novarro



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18001 - BARCELONA

The Hing Fleet. ICAROS

Magnífico asunto cinematográfico, espectacular y de delicada trama

Dirigido por

GEORGE HILL

Producción NON PLUS ULTRA

METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuida por

METRO-GOLDWYN-MAYER-IBÉRICA, S. A.

Calle Mallorca, núm. 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

<i>Tommy</i>	RAMÓN NOVARRO
<i>Steve</i>	RALPH GRAVES
<i>Anita</i>	ANITA PAGE
<i>Dizzy</i>	EDWARD NUGENT
<i>Kewpie</i>	SUMNER GETCHELL
<i>Tex</i>	CARROLL NYE
<i>Specs</i>	GARDNER JAMES
<i>El Almirante</i>	ALFRED ALLEN

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ÍCAROS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En Anápolis se levanta la escuela de guardias marinas norteamericanos, academia naval donde aprenden las hermosas virtudes del deber una legión de enamorados de la Armada.

Tiene esa escuela la misma alegría juvenil que las Universidades civiles, pero limitada por una disciplina enérgica con la que se forjan las almas de los futuros defensores de la patria.

El ideal patrio, pletórico de moceriles entusiasmos, enciende las almas de los cadetes. Todos éstos aspiran a llegar a las mayores graduaciones de la Armada y sueñan con mandar enormes buques de

guerra y dirigir escuadras poderosas.

Ausente de la familia, el cadete siente la necesidad de formar a su alrededor un pequeño mundo que le comprenda, le quiera y se interese por él. Nacen las amistades en sustitución del ideal familiar y se hacen tan arraigadas y hondas que duran toda la vida.

Seis camaradas habían formado con sus corazones el círculo de una amistad. Tommy, que se distinguía por su extraordinaria nobleza de corazón y su carácter cordial y franco; Steve, muchacho de una gran simpatía, aunque algo orgulloso y engreído de sí mismo;

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Dizzy, alegre caballero de cabeza ligera que aprendía jugando las lecciones; Tex, espíritu audaz, abierto a todos los deportes; Kewpie, tipo gordo que tenía la bondad característica de los hombres voluminosos, y finalmente Specs, el cadete miope, algo tímido, siempre modesto y relegándose voluntariamente en segundo lugar. Así eran los seis cadetes, unidos en el apretado haz de un cariño irrompible.

Después de varios años de permanecer en la Escuela, llegaba para todos el momento de la graduación definitiva, el instante en que convertidos ya en alféreces, iban a tener que abandonar la Academia donde transcurrieran las horas más bellas de su existencia.

Estaban embargados de profunda alegría. Sus esfuerzos iban a ser recompensados al fin, y el primer galón pondría línea de oro en las bocamangas. Pero cesaría la vida en el internado y acaso cayera en el olvido, en la laguna del tiempo y de la distancia, aquella compacta piña de afectos que durante un lustro habían mantenido pujante.

Era la víspera en que iban a ser entregados a los nuevos alféreces los despachos de sus ascensos. Había que ceder paso a las otras juventudes, casi adolescentes, que pretendían ingresar en Annapolis. El mundo no volvía atrás. Era una cinta metálica sobre la cual se avanza indefectiblemente aunque los pies aparezcan parados.

¡La última noche en la Academia! Y mañana domingo bajo el hermoso sol que doraba la cercana llanura del mar, iba a acabar su existencia de guardias marinas, para convertirse ya en oficiales de la Armada que tenían el concepto del mando y de la responsabilidad.

Tommy, tras la lista de retreta, entró en su habitación que había compartido durante todos los cursos con Steve, el arrogante muchacho, siempre malicioso y sonriendo con despreocupación.

Abrió sonriente su armario-guardarropa para cambiarse su blanco traje por el negro uniforme de calle. Iba a salir aquella noche con todos sus compañeros. Irían al cercano hotel o a algunos

restaurantes nocturnos a brindar por última vez ante el mar todo tembloroso de estrellas.

Steve no tardó en aparecer. Le saludó sonriente y prometiéndole para aquella noche unas fiestecillas dignas de recordación.

Después mirando las fotografías de mujeres que tenía dentro de su armario, agregó:

—Tommy, cuando dejemos la Escuela, ¿quién podrá llenar el vacío que yo deje entre estas muchachas?

—Es verdad, Steve. Difícilmente encontrarán otro hombre que sepa hablar tan bien de sí mismo.

Aparecieron Dixzy, Tex, Kewpie y Specs. En silencio contemplaron a sus dos camaradas. En todos los ojos había la misma emoción, idéntica melancolía al dejar la vida escolar.

Specs dijo de repente:

—Me he pasado cuatro años esperando que llegue este día, y ahora pienso con pena en que habremos de separarnos.

—¡Ya nunca volveremos a vivir tiempos tan felices como estos! —comentó Tommy.

Sonaron de repente clarines y redoblar de tambores. Los seis compañeros se asomaron a la ventana. Sabían lo que significaba aquella música. Anunciaba el momento más emocionante del día.

—¡La última vez que saludamos la bandera del colegio, compañeros!—dijo Steve.

Vieron a un piquete de soldados presentando armas a la bandera que era arriada a los acordes del himno nacional.

Los seis cadetes permanecieron en posición de firmes, con la vista fija en el paño sagrado, rindiendo homenaje al símbolo augusto de la patria.

¡La última vez que aquella sencilla y cautivadora ceremonia se celebraba ante los seis amigos juntos! Todos recordaron la emoción de sus almas la primera vez en que adolescentes casi, presenciaron al toque de oración bajar la bandera de la Academia.

Cuando redoblaron lejanos los tambores anunciando la partida del piquete, los cadetes abandonaron la ventana y se miraron con inquietud.

Había llegado, pues, la hora de partir.

—Durante cuatro años hemos sido compañeros inseparables. Ahora que empieza nuestra vida militar cada uno emprenderá una ruta diferente—dijo Tex.

—¡Tengo una idea!—exclamó Tommy, alegremente—. Siempre nos queda el recurso de seguir juntos los cursos de la Escuela de Aviación.

—¡Magnífico plan!—dijo Dizzy.

—¡Soberbio! ¿No os parece?—agregó Steve.

—¡Sí... sí!...

Y todos, unánimemente, afirmaron el deseo de continuar estudiando juntos aunque fuese en los ejercicios peligrosos del espacio.

—La suerte está echada—dijo Steve—. O volamos como hombres en la tierra o volamos como ángeles en el cielo. Los seis tenemos que matricularnos en la Aviación.

—¡Juremos no separarnos nunca!—dijo el miope Specs.

—¡Jurado!

Las doce manos, superpuestas,

se enlazaron, prometiéndose eterna fidelidad y un compañerismo que debía desafiar la acción del tiempo.

—¿Cómo no lo pensamos antes?—dijo Steve—. La Escuela de Aviación será una prolongación de la de Anápolis. Nuestra amistad perdurará.

—Lo malo es que allí habrá más peligros que ahora—observó el voluminoso Kewpie.

—¡No se muere más que una vez!—replicó Steve, sentencioso.

—¡Bueno! ¿Estáis ya todos listos? Pues salgamos de aquí. Es nuestra última noche de guardias marinos... ¡Vamos a celebrarla!—dijo Tonny.

—¡No perdamos tiempo! ¡En marcha!

Cantando una alegre canción de regimiento se encaminaron hacia la puerta.

La inesperada llegada de un capitán les detuvo.

El recién venido mirando al cadete Tommy, le dijo:

—El teniente de guardia se halla indispuesto, y el director le or-

dena a usted que le releve inmediatamente.

—¡A la orden!—contestó Tommy, ocultando su contrariedad ante aquella decisión que le privaba de salir.

Cuando el oficial hubo marchado, Steve dijo a Tommy golpeándole cariñosamente la espalda:

—Ya me despediré de todas tus conocidas en nombre tuyo, Tommy. Puedes quedar tranquilo que no te dejaré mal.

—¡Y yo beberé en nombre tuyo mi parte y la tuya!—agregó Dizzy.

—Bueno, a ser formales, que hoy soy el oficial de guardia. Os doy permiso hasta la una y ojo con retrasarse si no queréis entenderos conmigo—dijo Tommy con una reconvención cariñosa, pero con la mirada fría y serena del hombre

que ya tiene conciencia de su responsabilidad.

—Pues... hasta luego, señor oficial de guardia...

Y los cinco camaradas, cogidos del brazo, abandonaron la Escuela, con optimistas y juveniles canciones en los labios, mientras Tommy se disponía cumplir su delicada misión de vigilar aquella noche...

Era doloroso no ir con los buenos amigos, no ver en el hotel a las lindas criaturas con las que tantos domingos por la tarde había bailado su vals o su tango, pero su deber estaba allí, en la Escuela, y esa satisfacción de que comenzaba a ser útil a la patria, de que la patria acababa de confiarle aunque fuese por una sola noche, un puesto de vigilancia, le enorgullecía y encendía sus venas con un fuego de entusiasmo.

* * *

A eso de la una regresaron de la fiesta en el hotel, los cadetes Tex, Kewpie y Specs.

Firmaron en la lista ante Tommy que no tuvo necesidad de pre-

guntarles si se habían divertido mucho, pues sus rostros rebosaban de satisfacción.

—¿Te recuerdas de aquella rubia?—decía Kewpie.

—¿Y la castaña aquella?

—¡Primer premio de un concurso de belleza!

—¿Dónde están los dos que faltan?—preguntó Tommy—. Yo tengo responsabilidad por haberles permitido salir... y son ya más de la una.

Kewpie lanzó una carcajada.

—Steve y Dizzy se han quedado dando un abrazo de despedida a todos los cañones del patio.

—¿Cómo?

—Bebieron demasiado, ¿sabes?... y tienen ganas de juerga.

—¡Eso es una locura! Id vosotros arriba... Yo me cuidaré de ellos.

Desaparecieron los tres cadetes, y Tommy comenzó a pasear nerviosamente, temiendo una severa reprimenda si el capitán descubría la falta de los otros dos.

La embriaguez era severamente castigada en la Escuela.

Tommy se dispuso a salir al patio en busca de sus dos camaradas. Pero abrióse la puerta y apareció en el umbral, el compañero Steve, borracho como una cuba.

—¡Steve!—le increpó Tommy.

—¡Hola, chico!... ¡Qué lástima que no hayas venido!... Una velada deliciosa... y húmeda... Una cosa archidespampanante.

Y comenzó a cantar una estúpida canzoneta de estridente ritmo.

—¿Te quieres callar, loco?

—¡No, señor!... ¡Viva la alegría!... ¡Viva el amor!... A ver cómo hace la canción... "Quiero morder tu boca, chiquilla loca... Quiero..."

—¿Te quieres callar? ¿No ves que te estás comprometiendo, imbécil?

Pero inconsciente seguía cantando sus anhelos amorosos.

Oyéronse pasos... Tommy tuvo la seguridad de que se acercaba el capitán.

Desesperado, temiendo por el porvenir de su compañero que en la región del limbo seguía entonando himnos al amor, pegó a Steve un puñetazo en la cara, obligándole con el dolor y la debilidad a enmudecer.

Medio desvanecido le cogió en brazos y subió con él la escalera dejándolo en uno de los rellanos superiores, detrás de una columna.

Volvió al patio inferior donde cruzóse con el capitán a quien saludó rigidamente.

Por suerte el capitán no había oído ni visto a Steve. De lo contrario, la catástrofe hubiera sido inminente.

Pero tan pronto hubo desaparecido su superior, Tommy se preocupó de la suerte que pudiera correr su otro camarada, Dizzy, cuyo estado corría parejas con el de Steve.

¡Amaba Tommy con tanta intensidad a sus compañeros! ¡Hubiera sentido como propios sus contratiempos!

Dizzy se presentó momentos después... Y no se equivocó Tommy. Apenas podía tenerse en pie y, lo mismo que su compañero, le daba por cantar la canción en boga.

—¡Por Dios, Dizzy, prudencia! —dijo Tommy, angustiado, sosteniéndole en brazos.

—¡Déjame! Quiero volverme al baile... No está bien regresar tan pronto a la Escuela.

—¡Loco! Silencio... y a tu cuarto a descansar... Te estás jugando la carrera.

—¡Nada me importa!... Adiós, me vuelvo al baile.

—Tú no te vas... aunque haya de acribillarte a palos.

Y le propinó varios bofetones con el ánimo de que cesara de cantar, tal como había hecho con el otro enamorado de Baco.

Dizzy enmudeció sumido en el sopor que antecede al sueño de la embriaguez.

Se escucharon pasos... ¡El capitán!... Tommy, arrastrando a su camarada, quiso subirlo por la escalera para ocultarlo a la vista severa de su jefe, pero esta vez no fué tan afortunado en su propósito.

El capitán le sorprendió en la maniobra.

Cuadróse militarmente Tommy, avergonzado y confuso como si él fuera realmente el culpable... Dizzy, con la escasa lucidez de su inteligencia abotargada, quiso saludar también.

Llegó al olfato del capitán la brava oleada del vino.

El oficial miró severamente a Tommy y le dijo:

—¡Por qué no ha dado usted

parte del estado de este cadete?

Tommy permaneció impassible, pero Dizzy, reaccionando, como si la emoción de verse descubierto hubiera serenado su imaginación, exclamó:

—Es mía la culpa, mi capitán... Yo había tratado de burlar su vigilancia.

—¡Ah! ¿Se ha dado usted cuenta de que esto constituye dos faltas graves que pueden determinar su expulsión de la Academia?

—Yo no sabía...

—¡Vaya usted a su cuarto arrestado!

Saludó Dizzy torpemente y salió de allí.

Tommy contemplaba melancólico a su superior, lamentando la mala suerte de Dizzy, aquella cabeza ligera que a fin de curso acababa de cometer una imprudencia fatal.

—¿Los demás cadetes se han presentado ya todos?—preguntó el capitán.

—¡Todos, mi capitán!—respondió, decidido, Tommy.

—¡Perfectamente!

Y apenas el jefe hubo marchado, Tommy corrió hacia el rellano donde permanecía Steve durmiendo, y levantándolo en brazos, lo llevó a su habitación.

—¡Desnudémosle! Hay que meterlo en seguida en cama — dijo Tommy a los demás compañeros.

En pocos momentos tuvieron lista la operación. Steve se echó en el lecho casi sin darse cuenta de lo que ocurría.

Tommy respiró libremente al verle dormir... Si el capitán llega a encontrar a Steve borracho, le arresta como a Dizzy.

¡Pobre Dizzy! ¿La última noche en la Academia hubiera sido feliz de no estar arrestado el buen camarada!

¿Qué castigo le infligirían? ¿Cuál sería la actitud de la superioridad ante aquella violación de la ley?

La idea de que le castigaran no dejó dormir a Tommy ni a sus amigos con excepción de Steve que entregaba a Morfeo las reliquias de la fiesta báquica.

* * *

Al día siguiente celebróse el gran festival. El primer ascenso. El paso de guardia marina a alférez.

En la hermosa sala de la Academia de Annapolis iban a ser entregados los títulos de alféreces a los cadetes de la última promoción.

Numerosos invitados presenciaban la solemnidad en la cual se desbordaba a raudales el entusiasmo en forma de himnos y vitores a la inmortalidad de la patria.

El Almirante repartía los diplomas y tenía para cada uno de los caballeros oficiales una frase amable y cariñosa.

Tommy, Steve, Tex, Kewpie y Specs estaban juntos, sentados en la misma hilera de sillas. Al lado de Tommy había una silla vacía hacia la cual los cinco camaradas dirigían tiernas miradas.

Era el puesto de Dizzy, vacante ya para siempre a consecuencia de una ligereza juvenil.

La alegría de aquella hora incomparable en que los cadetes iban a ascender, se veía turbada por

una cuestión de índole sentimental que ponía en los ojos de los cinco amigos una humedad irresistible...

El buen Dizzy había sido juzgado aquella mañana por un consejo de disciplina que acordó su inmediata baja del escalafón, es decir, su expulsión del colegio, sin tener derecho a ostentar el título de alférez, perdiendo además los cuatro cursos pasados en la Academia... ¡Un verdadero desastre!

Los cinco camaradas no habían podido ver a Dizzy.

Y porque Dizzy no estaba con ellos, la fiesta que había de constituir la más grande ilusión y alegría de su vida, era para aquel grupo de amigos una intensa amargura.

Mientras tanto, Dizzy, a quien se había dado la orden de salir inmediatamente de la Escuela naval, pasó ante la puerta del gran salón regiamente adornado donde se celebraba la fiesta.

Dizzy iba de paisano. Con una tristeza inenarrable vió aquella multitud en cuyo centro se desta-

caba la blanca nota de los cadetes con sus brillantes y recién planchados uniformes.

¡Por la estupidez, por un momento de extravío había perdido el su porvenir, su ilusión entera!

Sus ojos buscaron en el rectángulo central donde estaban los nuevos alféreces, a sus cinco camaradas.

Sintió un vuelco en el corazón al verlos y al contemplar una silla vacía.

Horas antes estaba seguro de sentarse en ella, de recibir del Almirante el halagador despacho del ascenso. Bastaron unas horas de olvido, una noche estúpida, para perderlo todo, para aniquilar con una muerte repentina la ilusión de su juventud.

Procurando ocultar su pesadumbre llamó a un marinero y le dió un papel rogándole fuera a entregarlo a Tommy.

Los cadetes se habían puesto de pie al igual que todo el público en el que abundaba el elemento femenino, vestido con trajes de vivo color como fantásticas banderas.

Sonaron las notas marciales del

himno nacional que los marinos cantaron con un entusiasmo loco echando luego al aire los brazos con un triple hurra salido del fondo de sus corazones.

Dizzy permaneció impasible... Y desesperado sin quitarse siquiera el sombrero, arrastrando los pies, cargado con su equipaje, abandonó la Academia que de modo tan doloroso le acababa de echar de su seno con la rigidez y la implacable justicia de las decisiones militares.

La patria le arrojaba del seno de sus servidores armados... Y a Dizzy le faltaba valor para estrechar por última vez la mano a los cinco compañeros, mejor dicho, a los cinco hermanos que firmaron con él el lazo indestructible del amor fraternal.

¡Adiós, adiós a todos! No les olvidaría nunca, pero tampoco nunca iban a saber de él... Dizzy sería ya en lo futuro como un pobrecito muerto enterrado en su labor civil y cotidiana.

Y allá en el salón, los cinco cadetes habían recibido de manos del Almirante el despacho de su ascen-

so... Escucharon sin demasiado entusiasmo la arenga breve y enérgica, inflamada con la brillantez del amor patrio, que les dirigió el representante del gobierno.

Ya en su sitio y luego de cantar nuevamente el himno nacional, Tommy recibió de manos de un marinero el papel que Dizzy le entregara.

Lo desdobló y leyó con profunda tristeza:

¡Adiós, compañeros!

No tengo fuerzas para despedirme de vosotros.

Dizzy

Rigido, con los ojos bajos, sin hacer el menor comentario, demasiado los hacía su espíritu, entregó a Specs el doloroso mensaje de despedida. Lo leyó éste a su vez y con idéntica y oculta emoción lo entregó a su compañero Tex, y éste a Kewpie, quien mostrando en el rostro las huellas de su disgusto, lo puso finalmente en manos de Steve.

Este se impresionó y tal vez de encontrarse a solas, hubiera llorado.

Bien sabía que de no ser por Tommy, estaría a estas horas haciendo compañía a Dizzy.

Todas las miradas coincidieron en la silla vacía y aquellas cinco almas juveniles se juraron no realizar nunca ligerezas como las que habían hecho que Dizzy perdiera el fruto de sus cuatro años estudiantiles y la alegría de un porvenir seguro en cuyo fondo la gloria se divisaba como el mejor galardón.

Terminada la fiesta y cuando los nuevos alféreces recibían las felicitaciones generales, Steve acercóse a Tommy y brindándole la mano le dijo en presencia de los demás camaradas:

—Ahora sólo quedamos cinco y hemos estado a punto de quedar sólo cuatro. No olvidaré nunca tu acción, Tommy.

—Mi alegría por haberte salvado no es completa... ¡Si con Dizzy hubiera tenido la misma suerte!

—¡Pobre Dizzy! ¡Tenía la cabeza a pájaros!—arguyó Tex—. Estaba destinado a perecer.

—Es lamentable el epílogo de la carrera de nuestro amigo, pero

eso nos enseñará a no cometer tonterías de ninguna especie... Seamos fuertes, disciplinados, atentos al cumplimiento de la ley...—explicó Tommy.

—Sí... sí... porque de lo contrario...—dijo Steve.

—De lo contrario... hay que despojarse del uniforme y vivir in-

dependientes... como Dizzy—acabó Tex.

Y los cinco compañeros sellaron con un nuevo apretón de manos su decisión de seguir exactamente las normas del deber, las huellas de la disciplina estricta que hace de los hombres servidores ciegos de la idea santa de la patria.

* * *

Tras los cursos de la Escuela Naval, vino un año de prácticas a bordo... Los unos fueron destinados a la Escuadra del Atlántico, los otros a la del Pacífico... Finalmente, transcurrido el tiempo reglamentario, los cinco camaradas se hallaron nuevamente reunidos en la ciudad de San Diego para esperar el ingreso en la Escuela de Aviación.

Una mañana se hallaban paseando en una lancha motora por la hermosa bahía de San Diego los alféreces Tommy y Steve.

Vieron de pronto a una muchacha que detrás de una barca se sostenía de pie sobre un tablón, cogida a una cuerda y sorteando há-

bilmente las ondulaciones del mar.

Vestía un hermoso "maillot" que dejaba entrever las gracias de su cuerpo arrogante, juvenil, bien formado.

Los dos marinos la asietaron con un entusiasmo de buenos mozos.

—Esto sí que parece una sirena de verdad—dijo Tommy contemplando gozosamente la bella figura de la nadadora, su carita de fino óvalo, sus grandes y hermosos ojos azules y los pequeños rizos de oro que asomaban rebeldes bajo la gorra elástica y apretada.

Pero de pronto la bella sirena, distraída a su vez con la contemplación de los dos oficiales de la

Armada, no supo eludir una de las ondas que levantaban su cóncavo seno hacia ella, y fué derribada del tablón con violencia.

La joven, sobrecogida por la sorpresa, dió un grito, y los dos oficiales permanecieron un momento perplejos, prontos a echarse al agua para salvar a la linda bañista. Pero vieron que ésta nadaba hábilmente, como mujer avezada a la caricia de las olas.

Viraron al encuentro de la hermosa desconocida y ya cerca de ella la invitaron a subir a la lancha para regresar al puerto, del que estaban alejados unas millas.

—Sí... muchas gracias... Me siento fatigada y acepto la invitación—dijo ella.

Y la bella mujer entró en el bote de los militares y aceptó sonriente la capa que Tommy le brindó, arrebuñándose en ella con gracioso movimiento.

—Perdonen, caballeros—dijo—, pero no pensaba ingresar en la Armada esta mañana.

—La Armada la recibe a usted con los brazos abiertos, señorita...—dijo Steve sentándose a su lado,

a tiempo que Tommy se ponía a la otra vera.

—Me llamo Anita Hastings... y estoy muy agradecida a su oportunidad y a sus amabilidades—contestó ella obsequiando a los dos oficiales con una delicada sonrisa.

—Para mí es usted una divina aparición—dijo Tommy, riendo.

Pero Steve, celoso con su amigo, le pellizcó distraídamente un brazo y dijo queriendo atraer sobre sí toda la atención de la muchacha:

—Señorita, mi nombre es Steve Randall, y éste es mi asistente.

—¿Su asistente? Pues lleva galones de alférez como usted...

—No le haga caso a ese tarambana—protestó Tommy lanzando a su amigo una mirada furibunda a tiempo que por detrás de Anita le pegaba un fuerte golpe en la espalda—. Yo soy el alférez Tommy Winslow.

—He dicho que eres mi asistente... y no retiro una palabra.

—¡Calla, estúpido!

Los dos amigos comenzaron a mirarse con cierta antipatía, interesados exclusivamente por la misma mujer y con un deseo de que

ella sólo hiciera caso a uno de los dos.

—Vamos, tengan un poco de serenidad, jóvenes—dijo Anita, sonriente, tratando de apaciguarles.

Y para que los dos compañeros no se mirasen como dos gallos prontos a la pelea, Anita no se mostró particularmente interesada por ninguno de los dos, sosteniendo con ambos un frívolo diálogo, mostrándose cordial y amable con ellos y haciendo sonar a ambos jóvenes en el encanto inolvidable de aquella maravillosa Anfitrita.

Tan agradable era la muchacha que al llegar al puerto los dos camaradas estaban enamorados de ella... Al propio tiempo se lanzaban miradas entre sí en que había cierta indignación que no llegaba a cristalizar en odio, porque su amistad era tanta que ni siquiera una mujer les podía separar.

Al desembarcar, la bella joven se dispuso a separarse de ellos, después de agradecerles nuevamente, con finas palabras, su atención.

Tex, Kewpie y Specs que rondaban por el puerto se acercaron

al grupo, y Tommy se encargó de hacer las presentaciones.

—Señorita, le presento a los tres mejores marinos de los siete mareas.

Anita se echó a reír y estrechó la mano de todos.

Al marchar hizo un movimiento para despojarse de la capa que Tommy le había prestado, pero el alférez no lo permitió.

—De ninguna manera, señorita Anita—dijo Tommy—. ¡Quédese con ella!...

—Estoy en el hotel Coronado... Ya se la enviaré ahora mismo.

—No, no se moleste.

—Esta noche iré a visitarla al hotel, señorita Anita y recogeré la capa—dijo Steve con gravedad.

—Gracias... Y a todos ustedes, adiós...

Saludó sonriente a cada uno de aquellos cinco marinos cuyas almas palpitaban de ilusión juvenil, pero al marcharse dirigió una larga y profunda mirada a Tommy, como si fuera ese muchacho el elegido por ella, con quien había simpatizado más.

Steve recogió aquella mirada y

de buena gana hubiese pegado a Tommy.

¡Con lo que a él le gustaba aquella rubia nadadora! Pero, no, a Steve nadie le había vencido aún...

Y cuando Anita se hubo marcha-

do, Steve se alejó a su vez en dirección contraria, meditando el plan que iba a realizar, mientras Tommy comunicaba a sus otros amigos lo admirable y encantadora que era aquella mujercita.

* * *

Steve Randall, siempre listo y decidido, dirigióse aquella noche al hotel Coronado. Era preciso ser audaz, impedir que Tommy lograse vencer la plaza antes que él.

Preguntó al conserje del hotel.

—¿Puedo ver a la señorita Anita Hasting?

—¿Es usted el teniente Steve Randall?

—¡El mismo!—replicó orgulloosamente.

—Anita ha dejado esto para usted.

Y puso en sus manos la capa de Tommy.

—Pero...—dijo, riendo, desconcertado—¿sólo le ha dejado la capa? ¿No le ha dado ningún recado para mí? Yo creía que me recibiría...

—Está fuera. Se limitó a decirme que le devolviese la capa.

Steve se hallaba furioso... ¿De modo que cuando él creía ser recibido por la deliciosa rubia, tener ocasión de hablar con ella, sucedía que Anita se limitaba a dejarle la capa como si fuese un triste criado?

En aquel instante vió pasar por un cercano jardín a Anita en compañía de Tommy.

Sintió con mayor violencia que nunca la sacudida de los celos. ¡No era poco listo su camarada! ¡Celebrar a solas una entrevista con Anita y dejarle a él que recogiese la capa!

Se consideró insultado, burlado, y sintió la alegría de vengarse con armas tan pérfidas como las que usaba su compañero.

Una señora de unos cuarenta años acercóse al "bureau" y dijo al conserje:

—¿Ha visto usted a mi hija?

—La señora ha dejado recado de que está en el jardín, señora Hasting.

Steve al oír este nombre abrió desmesuradamente los ojos. Se encontraba ante la madre de Anita... Y rápido, con la intuición maravillosa de las grandes decisiones, descubrióse respetuosamente ante la dama y dijo:

—Señora, soy el teniente Steve Randall... Su hija Anita me ha hablado mucho de usted.

Nunca la madre había oído aquel nombre, pero sin dudar de la palabra del oficial, contestó:

—Celebro mucho el conocerle, señor Randall. Precisamente estaba buscando un jugador para nuestra partida de "bridge".

Steve sonrió y señalando un rincón del cercano jardín en que estaban Anita y Tommy, dijo con una sonrisa burlona:

—¡Oh, es una suerte! Mi compañero Tommy es el mejor jugador de la Armada.

—¿Y querrá jugar conmigo?

—Pues no faltaba más... El juego es su debilidad. Vamos a advertirle, señora.

Y contento de su travesura, pues Tommy no había tocado jamás una carta, dió respetuosamente el brazo a la señora Hasting y se encaminó con ella hacia el jardín.

Tommy no les vió llegar, extático como estaba en la deliciosa contemplación de Anita, a la que había querido volver a ver.

Comprendiendo que Steve iría a buscar la capa, Anita y Tommy la habían dado al conserje del hotel para que la pusiera en manos del alférez. Y ambos se reían al considerar el cómico enfado de su amigo.

Tommy, olvidándose de todo, miró a la que ya era luz de sus pensamientos desde aquella mañana y le dijo:

—Anita, creo que es usted la más lista muchacha que he visto en mi vida.

—Y yo creo que mientras tengamos una Armada vamos a estar oyendo siempre las mismas cosas.

—No se lo digo a usted para

galantearla, sino porque lo creo sinceramente.

—Todos dicen lo mismo.

—Porque dicen la verdad.

El diálogo fué interrumpido por la inesperada presencia de la madre de Anita y del teniente Steve Randall.

Los dos hombres se miraron con cómica ferocidad. Parecía que olvidando la entrañable amistad que les unía, iban a acometerse como rivales.

Steve saludó con una inclinación de cabeza a Anita y luego miró a Tommy de modo burlón, como indicando que le estaba preparando una jugada maestra.

La señora Hasting, tras la presentación que Anita hizo de Tommy, dijo a éste:

—Su simpático amigo el señor Steve Randall me ha dicho que es usted un gran jugador de "bridge".

—¿Yo?—respondió el aludido, aombrado, como si le dijeran que era amigo de Mahoma.

—Es muy modesto—continuó Steve impertérrito—. Figúrese que enseñó a jugar al Almirante.

—Pero...

Había tanta turbación en él que Anita le contempló extrañada, comprendiendo que Steve le hacía una mala partida... Pero la señora Hasting sin reparar en lo que ocurría, añadió:

—Anita, ¿me permites que me lo lleve para nuestra partida?

—¡Oh, naturalmente!—respondió la joven.

Y Tommy, desorientado, cohibido, sin saber qué hacer ante el compromiso en que la estúpida actitud de Steve le sumía, marchó con la señora Hasting hacia el hotel.

Steve lanzó una carcajada al verle desaparecer... Anita le miró disgustada y comprendiendo toda la verdad, exclamó:

—¿Y usted cree que ha estado bien lo que ha hecho a su amigo?

—¡A mí me parece una admirable jugada!

—¡No lo creo así!

—¡Por favor, perdóneme usted! Lo hice con el único objeto de poder estar unos momentos a su lado... Me interesa usted tanto... Ha sido una jugada maestra, ¿no? —dijo, riendo.

—¡Ya comprendo! Sin duda se trata de una nueva maniobra naval—repuso ella un poco halagada por aquellas rencillas entre dos amigos que tenían por origen el culto a la misma mujer.

—Dígame, ¿quiere usted que demos un paseo?

—No lo merece usted... pero... en fin...

Y fué a pasear con él por las románticas avenidas del jardín, perfumadas por cien flores invisibles, bañadas por la suave luz de las estrellas, eternas pupilas de plata que atishan a los enamorados.

Pero a pesar de las palabras ardientes, aprendidas en las novelas leídas en los momentos de asueto, Steve nada adelantó en la conquista del femenino corazón.

El alférez se prometió no desmayar... No se rindió Zamora en una hora. Y Anita era la plaza fuerte cuya toma bien podía costar incansables sacrificios.

Y entretanto, el pobre Tommy se encontraba ante la mesa de juego de "bridge" en compañía de la señora Hastings y de otras damas de la alta sociedad.

—¡Figúrense que el alférez Tommy Winslow es el compañero favorito del Almirante! —explicó la señora Hastings.

El pobre muchacho estaba angustiado. Desconocía en absoluto las reglas del "bridge"... ¿Qué iba a hacer con aquellos naipes que tenía en la mano?

Comenzó la partida y una de las damas le dijo, sonriendo:

—Tengo dos ases, compañero... ¿Qué dice usted?

—¡Prefiero una copa!—contestó secamente el muchacho.

Las tres damas le contemplaron extrañadas, y entonces, para evitar caer más en el ridículo, el alférez Tommy expuso sencillamente el error en que había incurrido Steve, tomándole por un jugador de "bridge" cuando en realidad jamás había tomado una carta.

—Me confunde con otro oficial de la Armada... Señoras, ruego a ustedes que me perdonen.

Y levantándose, abandonó la mesa de juego mientras las damas comentaban la extraña actitud del oficial.

Tommy volvió al jardín, sin en-

contrar a Anita ni a Steve que ya habían regresado al hotel.

Y Tommy volvió a su pensión, indignado por la jugarreta de Steve y soñando en la belleza divina de Anita que había hecho florecer

de repente en su corazón la alegría del amor.

¡La adoraba! Estaba seguro de ello. Y no permitiría que Steve, ni quien fuese, quisiera llevarle ventaja en la conquista.

* * *

El primer obstáculo que hay que vencer para ser aviador es el doctor, que abruma con sus reconocimientos meticulosos.

Los cinco compañeros fueron sometidos unos días después en el consultorio de la Escuela, a una severísima inspección física.

El médico y varios ayudantes realizaban los diferentes reconocimientos.

El peso, medición de la caja torácica, examen de la presión arterial, auscultación del pecho, integridad y economía de los órganos y sus funciones, pruebas de resistencia, etc., eran los obstáculos que había que vencer para conseguir el ingreso en la Escuela de los modernos Icaros.

Steve se sometió alegremente a todas las pruebas y como el doctor

manifestase su satisfacción ante el aspecto saludable que se reflejaba en todo él, dijo sonriente:

—Ya no hay necesidad de que me examine más, doctor. Tengo más salud que un toro.

Pero aun el médico realizó nuevos experimentos en él hasta convencerse de su robustez y capacidad.

Steve estaba contento del examen.

Tex, Specs y Kewpie fueron sometidos igualmente a prueba general desde la cabeza a los pies... Kewpie tembló al obligarle el doctor a que abriera la boca para examinarle la laringe... Creyó morir-se de asco cuando le introdujeron una pala en la boca para efectuar el perfecto examen de la garganta.

Tommy se sometió de buen gra-

do al reconocimiento. Estaba convencido de la integridad y validez de su salud y no creía pudiesen declararle inútil.

Fueron excelentes las pruebas practicadas en él; todo funcionaba admirablemente. Sometido al igual que sus compañeros a dar vueltas en un sillón para probar su resistencia al mareo, salió airoso de su cometido. Tenía la cabeza firme y podría realizar los experimentos del "looping".

El médico le obligó luego a sentarse ante un extraño aparato y aplicóle un tubo a la boca y a la nariz.

Dió una llave de paso y Tommy comenzó a experimentar las angustias del que ve disminuir su capacidad de aire puro.

—Con este aparato—dijo el médico—se va reduciendo la cantidad de oxígeno hasta que el paciente va a desvanecerse y se conoce así su capacidad respiratoria y su resistencia a la altura.

Tommy defendióse bien... Hasta mucho después no experimentó el ahogo precursor de la completa asfixia.

El doctor le quitó el aparato.

—Bien, hemos llegado a los siete mil metros de altura... No está mal para un nuevo aviador.

El médico después de examinar a otros aspirantes vió que Steers, que hasta entonces había salido triunfante de las difíciles pruebas, llevaba lentes, que se acababa de poner para leer unas instrucciones que le habían dado, pues buen cuidado había tenido antes en guardarlos.

—¿Es que usa usted anteojos? —le dijo el médico.

—No, señor... es por coquetería... Verdaderamente no los necesito—respondió temblando.

—Venga... venga usted... le haremos un severo examen de la vista.

Ante nuevos y complicados aparatos, el doctor examinó las pupilas un poco fatigadas de Specs.

El muchacho sudaba de angustia. Tenía el amargo presentimiento de que su miopía sería un obstáculo para la aviación.

El doctor después de su examen dijo paternalmente con la melancolía del que cumple un amargo de-

ber que ha de romper las ilusiones de un alma deseosa de gloria:

—En la Armada puede usted llegar a ser Almirante, pero su vista le impide ser aviador.

—Pero, señor, yo quiero volar... es lo único que anhelo.

—¡Imposible, amigo mío!...

Specs volvió desolado al lado de sus compañeros y les dijo:

—¡Creo que sólo iréis cuatro a la Escuela de Aviación!

—Pero, ¿y tú?

—No me quieren... Soy demasiado miope... De todas maneras, si me rechazan, solicitaré un destino cualquiera en la base aérea y allí nos encontraremos.

—¡Pobre Specs! Quizás te aprueben aún...

Momentos después vino la cali-

ficación definitiva... Todos quedaban aprobados, menos Specs.

Y el júbilo de aquel momento se vió amortiguado por la derrota del buen camarada.

No podía haber felicidad completa en la vida... Junto a la alegría, la pena... Se acordaban del día supremo en que fueron nombrados alféreces... Tampoco pudieron disfrutar de la total y amplia visión de la dicha, a causa de lo ocurrido a Dizzy. Y ahora también, el júbilo estaba ahogado por el fracaso del compañero.

Y por sus almas jóvenes corrió el convencimiento de que es imposible hallar la dicha absoluta, pues siempre, siempre, tras la sonrisa de la gloria espera el dolor...

* * *

Los cuatro amigos fueron finalmente admitidos en la Escuela de Aviación Naval de Pensacola, en la Florida.

Tommy y Steve habían hecho las paces, olvidando las pequeñas rencillas. Ambos seguían pensando en

la misma mujer, en la adorada reina de todos sus pensamientos y acciones, pero no querían que un amor que permanecía todavía sin inclinarse favorablemente a ninguno de ellos, pudiera quebrar la amistad sellada en horas solemnes,

amistad que querían prolongar para siempre a través de los años y de las circunstancias de la vida.

Y los dos amigos, al igual que Tex y Kewpie, esperaban el momento del primer vuelo con una emoción sublime.

¡Escalar el cielo, volar, sentirse dueños del espacio, águilas humanas dirigidas por una concepción inteligente!

Al propio tiempo experimentaban cierto temor, cierta natural ansiedad, pues en aquel vuelo debían ya realizar algunos trabajos de pilotos.

¿Vencerían? ¿Resistirían la altura y las acrobacias de la prueba práctica? Una cosa era resistir en teoría y la otra verse en el espacio con la forzosa necesidad de quedar bien.

Contemplaban con cierto temor a los hermanos pájaros de acero, prontos a elevarse, a surcar el cielo azul, a desafiar las corrientes y los "baches" impresionantes de la atmósfera.

Y llegó el primer día de vuelo... Cada uno de los nuevos alumnos

subiría a un avión al mando de experto piloto.

—Señores—les dijo un profesor—esta es la primera lección para todos ustedes, y seguramente será la última para la mayoría... ¡Conque mucha atención!

A una orden del jefe, los novatos tomaron sus puestos en los aviones... Los cuatro amigos se estrecharon antes calurosamente la mano... ¿Triunfarían? Conseguirían demostrar maravillosas facultades, o por lo contrario habrían de experimentar el acíbar de la derrota?

Pronto saldrían de dudas.

El jefe de la escuadrilla dió una orden y momentos después numerosos aviones se deslizaban por el mar, surcando rápidamente su superficie para elevarse en seguida cual graciosas aves.

Los hidros subían... subían... y Tommy, asomando la cabeza, contempló la gran altura a que se encontraba... Por un momento sintió la fuerza del vértigo pero se rehizo evocando en el peligro a Dios y a la niña de sus amores.

Cruzaban majestuosamente el

espacio, volaban tan pronto sobre el mar como sobre la tierra, achatada por la distancia, y ora parecían descender bruscamente haciendo saltar de miedo el corazón de Tommy, ora se elevaban otra vez con la serenidad del que tiene fe en su valor.

Las depresiones atmosféricas, los "bachas", las tremendas sacudidas y altibajos del aparato era lo que producía mayor nerviosidad a Tommy como a todos los que por vez primera realizan un vuelo.

La sensación de la caída tiene entonces la fuerza de lo verídico y de lo fatal, y el corazón se encoge al sentir el rápido y brusco descenso del hidroplano, como si parado el motor, fuera a caer y destrozarse contra la tierra o el mar.

Pero el avión está dirigido por manos expertas e inteligentes y de nuevo vuelve a remontarse siguiendo su ruta vertiginosa por los caminos libres del espacio.

El piloto que mandaba el avión donde Tommy realizaba su ensayo práctico, le dijo:

—Cuando yo se lo indique, tome

usted el mando. Ya le diré lo que debe hacer.

Y momentos después, el piloto le mandó que cogiera la palanca y tomase la dirección del aeroplano.

Con inmensa emoción, realizó Tommy aquellas primeras pruebas, aturdido y nervioso, sin tener aún la seguridad de la práctica, haciendo dar al avión una colección de saltos bruscos e inquietantes que cesaron cuando logró nivelar la estabilidad.

Estuvieron volando un cuarto de hora hasta que amaron a una orden del piloto, amarafe defectuoso, brusco y rápido que podía perdonarse a causa de la inexperiencia.

Por su parte Steve realizó un vuelo bastante afortunado. Hombre sereno, que nada temía, seguro de sí mismo y de su superioridad sobre todas las cosas, tomó a una indicación de su piloto el mando de su nave aérea y sorteó majestuosamente las dificultades de la iniciación.

Tex tampoco quedó mal del todo. Había en él pasta de aviador, temple de hombre sereno, y con el

tiempo era probable hacer de él uno de los mejores pilotos.

El menos afortunado fué el voluminoso Kewpie a quien la visión de la altura produjo un espantoso pánico.

No dió pie con bola al ordenarle su piloto que cogiese la palanca...

Las bruscas sacudidas del avión, agravadas por una mala dirección, erizaron la piel del pobre muchacho. El piloto tuvo que tomar rápidamente el mando, pues bajo las torpes manos del discípulo, el aparato hubiera entrado en barrena.

Pálido como un cadáver, sacudido sin cesar por los bruscos "baches" de la atmósfera, el joven aspirante sufrió el momento más doloroso de su vida.

Al dejar una de las palancas, pegóse involuntariamente un fuerte golpe en la cabeza y estuvo muy cerca de desvanecerse.

Temblaba, ésta era la verdad, y de continuar un poco más en la altura, se hubiera echado a llorar como un niño.

Tuvo la seguridad absoluta de que iban a licenciarle... No servía

para aviador; los nervios le fallaban, ni por casualidad acertaba una vez lo que el piloto le encomendaba.

Y cuando finalmente amararon, el piloto le dijo con indignación:

—¡Imposible! Usted... no sirve para la aviación.

Ni siquiera intentó defenderse... No era hombre para dirigir un motor.

Regresó a la Escuela donde supo que sus tres compañeros estaban aprobados.

—¿Y tú? —le preguntó Tommy.

—Me han echado... ¡Qué mala suerte! Seis años para llegar aquí, y seis minutos para salir...

—Pero...

—El piloto ha dicho que no sirvo... De todas maneras aun quedáis tres.

Aquella misma mañana se comunicó a Kewpie que había sido suspendido en las pruebas.

Y el pobre joven tuvo que abandonar el campo de aviación, asegurando a sus compañeros que buscaría un empleo en la misma Escuela. ¡Maldito exceso de nerviosidad!

Por no ser lo bastante fuerte era eliminado de la Escuela donde su vida hubiera transcurrido grata y feliz.

Y de esta manera aquel haz de amigos que formóse en el grato ambiente de la Escuela de Annápolis, quedó reducido a tres.

* * *

Prosiguieron los ejercicios. Cada vez iban adquiriendo los novatos mayor aplomo, la seguridad y la confianza de la experiencia. Tommy había dominado sus nervios y no le parecía tan peligroso el rauda vuelo por lo aires. Tex no acababa de soltarse. Steve era el mejor.

Alternaban los ejercicios de aviación con el tiro al blanco, con el aprendizaje de la ametralladora que los aeroplanos militares deben llevar en caso de guerra.

Tommy era buen tirador... Sus dianas eran excelentes. Las balas señalaban el blanco con matemática seguridad.

Pasaron varias semanas.

Steve después de unas cuantas lecciones aéreas pensaba ya en obscurer la gloria de Lindberg.

Orgullosamente, ante Tommy,

Tex y otros camaradas hacia el relato de sus hazañas.

—Bajo mi mando vuela el aparato con la seguridad de un águila—decía.

—¡Lo mismo nos pasa a nosotros!—contestó Tommy.

—No tanto, no tanto. Y si realmente hay aves del paraíso, yo debo ser una de ellas—agregó.

Tommy se echó a reír y sacándose del bolsillo una tarjeta postal dijo con el inocente objeto de provocar el enfado de su camarada:

—Ahora que hablas del paraíso tengo que decirte que he recibido una postal de Anita.

—¿Sí?—contestó Steve con indiferencia—. Pues también a mí me ha escrito y en la página veinte me pregunta si todavía existes.

Y le mostró una carta de varios pliegos, volviendo a guardársela rápidamente bajo una de las correas

de su paracaídas, pues llevaban ya todos el equipo de avisor. Iban a volar de un momento a otro.

Sonó un clarín ordenando la inmediata formación.

Al levantarse se le cayó a Steve la carta de Anita, y entonces, Tex pudo ver que se trataba de un resumen de instrucciones de aviación.

Se echó a reír ante la artimaña... Y mientras todos se dirigían hacia el sitio donde estaban los aviones, emparejó con Tommy y le explicó lo sucedido, para su tranquilidad.

Nada debía temer... A Steve no le había escrito Anita... Y esta noticia llenó el alma de Tommy de regocijo tal que se creyó el muchacho más feliz del mundo.

No, nada diría a Steve; allá él con sus ilusiones y vanidades de buen mozo.

Guardaría su felicidad para sí, una felicidad íntima, deliciosa, secreta, la felicidad del hombre que sabe, él, únicamente él, que una mujer no le olvida...

Los alumnos esperaron las órdenes de su superior, quien les dijo:

—Señores, hoy van a volar so-

los por primera vez... El comandante os ruega que no os vayáis a estrellar en el patio porque acaban de barrerlo.

—A mí no me importa el subir —dijo Tommy al oído de Steve—. Lo que más temo es el amaraje.

—Siempre serás una calamidad.

—¡A los aparatos!

—Cada hombre ocupó su avión y a un disparo efectuado por el jefe, se deslizaron ágiles y ligeros por sobre la planicie azul del mar.

Tex, Steve y otros aviadores tras de volar algunas millas sobre el agua, remontaron el vuelo, comenzando a describir en el espacio las curvas indicadoras de su audacia.

A Tommy le costó bastante trabajo el elevarse, haciéndolo varias veces y volviendo a caer, sin conseguir dar el suficiente impulso para mantenerse en el aire.

Inquieto, febril, repitió varias veces la operación hasta que consiguió finalmente levantar el vuelo.

Subió a considerable altura y por primera vez se sintió orgulloso de su valor al verse solo en la inmensidad azul, sin otra compañía que

la de los demás aviones que volaban con la misma intrepidez.

Examinó todas las piezas del aparato y como todo funcionaba perfectamente, tuvo la sensación de la confianza, de que nada debía fallar en su nave.

Pasó cerca de él el aparato de Steve; este ~~rombaje~~ agitó la mano saludando a su compañero y Tommy respondió de la misma manera, sin el menor rencor contra él, pues si en la tierra olvidaban los amigos las pequeñas contrariedades que podían separarles, ¿no iban a olvidarlas en la limpia distensión del cielo donde el aire, la inmensidad, el peligro hacen que casi inconscientemente las almas se vuelvan hacia el bien?

Tras el cuarto de hora reglamentario llegó el momento de amarar.

Tommy tenía verdadera dificultad en ello. Entraba en el agua diagonalmente con peligro de estrellarse.

Varias veces procuró amarar siguiendo los cánones que le habían enseñado, pero no advertía a ello... A veces tomaba poca distancia,

otras veces demasiada. Lo cierto es que en el momento de amarar, debía elevarse de nuevo para no hundirse en el fondo de las aguas.

El profesorado de la escuela contemplaba aquellas maniobras.

—Tommy no sabe todavía amarar—comentó uno de los jefes.

—Es lástima porque se trata de un valiente muchacho.

Nervioso, sin saber cómo tomar agua, Tommy vagaba desorientado por el espacio.

Voló sobre la Escuela a fin de tomar distancia para amarar con normalidad... Pero llevado de su estado febril, de la inquietud que le producía volar sólo por primera vez, estuvo a punto de rozar con el aparato los tejados de las casas, y casi se estrelló contra unas chimeneas que alzaban su alta tubería.

Steve desde su avión se dio cuenta de la grave situación de su amigo y se dispuso a salvarle.

Comenzó a dar vueltas alrededor del avión de Tommy y le hizo un signo para que siguiera su dirección.

Tommy comprendió. Su amigo

quería sacarle del compromiso. Y fué detrás del aeroplano de Steve para que éste le sirviera de guía. Steve amará magníficamente con la seguridad de un buen maestro sobre las olas, y poco después de él lo hizo Tommy sin tanta brillantez pero con bastante destreza.

Cuando descendieron de los aviones, Tommy agradeció con una sonrisa la oportuna intervención de su camarada... ¡Gracias, amigo!

Steve hizo un gesto de indiferencia como indicando que él era capaz de hacer cosas mil veces más importantes, y ambos camaradas avanzaron hacia uno de los profesores, el cual en forma brusca dijo a Tommy:

—¿Pero se ha creído usted que un avión es un arado para ir rajando el suelo?

Tommy bajó los ojos, sintiendo la humillación de su derrota. Steve dijo alegremente:

—Con el tiempo me igualará a mí... Ahora sólo se ha olvidado de tocar dos tejados y la cúpula de la iglesia.

—Ha hecho usted una exhibición detestable.

Momentos después todos miraron a lo alto, contemplando un avión que parecía luchar con grandes dificultades...

—¡Es el hidro de Tex!—dijo Tommy, angustiado.

Fuese por una falsa maniobra, fuera por la inexperiencia del alumno, el avión de Tex vino a caer desde una altura considerable, rápidamente en barrena.

Vieron de pronto que surgía una gran llama del avión y que éste se hundía en el agua, levantando una fogata roja, como el anuncio simbólico de la catástrofe.

Los dos amigos se miraron horrorizados, comprendiendo que Tex habría perecido o cuanto menos estaba gravemente herido.

Quisieron correr hacia la playa pero la voz severa del jefe les contrajo:

—¡Quietos! ¡Que cada hombre vuelva a su avión! ¡La lancha de guardia se ocupará de eso!

Steve y su amigo Tommy, con el corazón encogido por la trage-

día, tuvieron que volver a subir a sus aviones, mientras el jefe decía a otro de sus oficiales:

—Es duro, pero en estos casos hay que mandarlos volar para que aprendan a dominar sus nervios.

Steve y Tommy, desolados, subieron de nuevo a sus hidros, presintiendo la tremenda desgracia, debiendo hacer alardes de serenidad para detener el ímpetu de su sistema nervioso alterado.

Mientras tanto, una lancha corría hacia los restos del avión. Encontraron a Tex carbonizado entre llamas.

Y cuando los dos camaradas regresaron de su nuevo vuelo se enteraron ya, con toda la fuerza de la realidad, del amargo desenlace de la caída.

¡Tex había muerto! ¡Aquel muchacho lleno de ilusión, de esperanza, de vida, que pocos momentos antes sonreía con la alegría de tener ante sí un porvenir maravilloso, había muerto! Nuevo Ícaro a quien se le fundieron las alas bajo el calor del sol.

¡Adiós, amable compañero!

Nunca le olvidarían los que fueron sus amigos y confidentes, los que conocieron su vida y los tesoros de su alma.

El hermoso grupo de aquella amistad comenzada en Annapolis iba cayendo a los embates de la vida, se desgajaba al impulso brutal de la adversidad.

Como árbol florido y radiante a quien la furia de un vendaval imprevisto quitara la mayoría de sus hojas, el bello árbol de su amistad perdía sus frondosas ramas... Unas veces la vida, otras la muerte... Ya sólo quedaban dos siguiendo la carrera de aviación...

Durante varios días invadió a Tommy y a Steve una melancolía invencible. Pasaban por unos momentos dolorosos de depresión moral y hasta la ilusión por su carrera parecía haber desaparecido.

Pero el dolor no puede ser eterno, y sin olvidar nunca en el relicario de las emociones más puras al amigo perdido, los dos alféreces se dispusieron a seguir viviendo su vida, cumpliendo su deber, desechos de prestar la utilidad neces-

ria a la hermosa patria que cobijaba a sus hijos vivos y guardaba las cenizas de sus héroes.

Y todas las noches oraron por el valiente que gozaría de la inmortalidad.

Los alumnos de la Escuela de aviación de Pensacola continuaron volando, maniobrando cada día hasta que el número de aspirantes quedó alarmanamente reducido.

Tommy y Steve dieron otro paso en la carrera. El ascenso de alféreces a tenientes.

Se les concedió también el título de piloto y un día el comandante de la Escuela puso sobre sus guerreras la insignia de la aviación.

Mucha gente presenció aquella fiesta simpática. Entre los que habían ido al solemne acto figuraba Anita que con su madre pasaba una temporada en el Hotel de San Diego.

Tommy y su amigo Steve volvían a experimentar la alegría de ver que de nuevo se ensanchaba el círculo de sus amistades.

Specs y Kewpie volvían a estar en la aviación. El primero no ha-

bía podido conseguir ser piloto a causa de su defecto de miope, pero en cambio había sido nombrado jefe técnico al servicio de la aviación... Y su labor estaba en la misma Escuela. Kewpie tenía a su cargo la estación de radio del portaaviones "Langney", barco que pasaba largas temporadas en la costa del Pacífico, muy cerca de donde hallábase situada la Escuela. Y de nuevo pudieron un día los cuatro amigos saborear la felicidad de su encuentro. Tuvieron un recuerdo para Dizzy, del que se decía se había ido a Europa para ocultar la vergüenza de su situación, y otro recuerdo, piadoso y dulce, para Tex.

Aquel día, mientras los cuatro amigos conversaban acerca de otros tiempos, Anita rondaba por el campo, deseosa de poder hablar con sus encantadores aviadores.

Steve fué el primero que se fijó

...Tumary se dispone a cumplir
su delicada misión...



—So simpático amigo: el señor
Alvaro Wendell me ha dicho que
es usted un gran jugador...

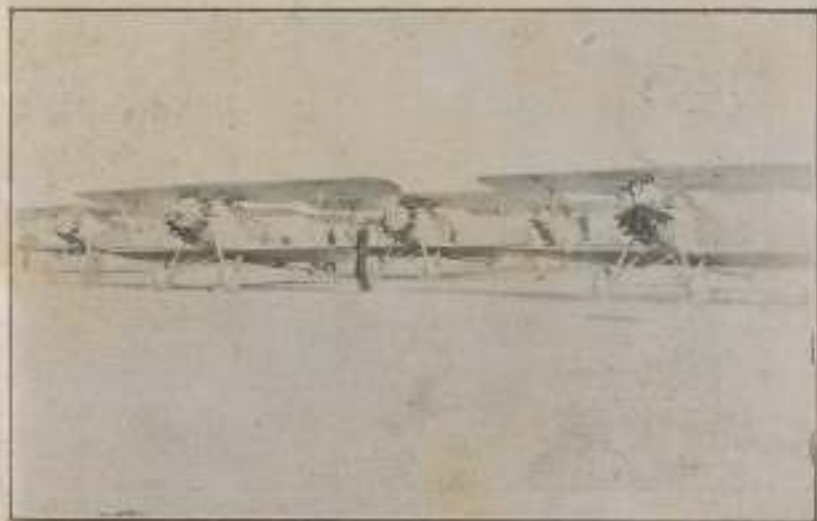




...soñando en la belleza divina de Aida...



...se sometió de buen grado al reconocimiento.



...los hermosos pájaros de acero, prontos a elevarse...



...llegó el primer día de vuelo...

Tommy era buen tirador.





— he recibido una postal de Anita.



— puso sobre sus guerreras el escudo de la Aliada.



—faca uma empresa que esteja pilotando este avião.



...despertando brevemente a Sra. ...



...siglo murmurándole las palabras más ardientes de su cariño.



...yendo hacia su avión, pronto a emprender el vuelo.



— Preséntase al Almirante a bordo del «Langley».



— ¿No han tenido tiempo de darnos su posición?

en ella y sin decir nada a sus compañeros corrió a su encuentro.

—Anita, no comprendo cómo puedes estar tan bonita sin verme—dijo.

—Te aseguro que no me quitaste ni un momento de sueño—contestó con desaire.

—Eres cruel... ingrata... pues ya sabes que te quiero.

—¡Qué apasionado!

Tommy se dió cuenta momentos después de que Anita estaba allí cerca y dejando a sus otros dos compañeros con la palabra en la boca dirigióse hacia la muchacha a quien amaba.

—¡Anita!

—¡Oh, Tommy!

Y ese nombre pronunciado por ella adquiría una emoción, una dulzura inexplicable.

Steve miró con enojo a su camarada; de buena gana le hubiera dado un solemnisimo hofetón.

—Ya tenéis alas... y estrellas—dijo Anita contemplando las guerreras de ambos—. No hay duda de que sois hombres de suerte.

—Quiero que tengas tú mis primeras alas—dijo Steve, riendo.

Y puso en las lindas manos femeninas el emblema de la aviación.

—¿Y cómo vas a arreglarte para volar sin ellas?—preguntó Anita sonriente.

—Tú no sabes qué clase de pájaro soy yo...

—Debes saberlo de memoria. Te lo ha dicho tantas veces—intervino Tommy—. Pero toma también mi insignia, Anita. No creo que lo pongas en lugar menos agradable que el de Steve.

—No, Tommy...

Y tomando el emblema de él, lo acarició con suavidad, con ternura y luego miró a Tommy bañándole de luz azul, suave, pareciéndole indicar que para él eran todas sus preferencias.

Steve vió, despechado, las miradas que se cruzaban los dos jóvenes. No perdía, sin embargo, las esperanzas. El era un gran aviador y cuando Anita fuese enterándose de sus hazañas, de su valía, era seguro que le preferiría a Tommy.

Anita se despidió de ellos. Los dos amigos le prometieron ir a verla al hotel.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sonrió la linda mujer y desapareció rápidamente, guiando con magnífica pericia su magnífico automóvil.

Tommy y Steve quedaron con-

templando el coche hasta que éste desapareció en lontananza. Después se miraron con cierta rabia sorda y sin decirse nada cada cual se dirigió a su avión.

* * *

Los oficiales fueron progresando en su carrera... Efectuaron con una abundancia monótona toda clase de vuelos, concursos, batieron "records", realizaron mil acrobacias y piruetas, saliendo siempre indemnes de los arriesgados ejercicios.

Estaban ya curtidos en la aviación; eran veteranos que conocían el secreto del aparato como si lo hubiesen construido, amaban cada una de sus piezas y conocían su utilidad como expertos ingenieros.

Todos ellos rivalizaban en el honor más codiciado: en la designación para un vuelo transpacífico.

Tommy admiró durante unas semanas un soberbio hidroavión en el que se iba a realizar un vuelo sobre el Pacífico.

Era un avión enorme, magnifi-

co, que parecía reunir todas las condiciones posibles para el largo viaje proyectado hacia Honolulu. Tommy palpitaba de gozo al acariciar sus alas sintiendo la profunda alegría de poder tripularlo.

Un día acercóse al hidroavión. Algunos mecánicos estaban repasando el motor. Specs daba varias órdenes.

Miró Tommy a su amigo y le dijo:

—¡Qué suerte tienes, Specs! ¡Has sido designado para jefe técnico de este pájaro! ¡Daría mi ojo izquierdo por conducirlo yo!

Llegó Steve y admiró también con ojos envidiosos la majestuosa ave mecánica.

Mientras estaban examinando el hidroavión gigantesco, avanzó hacia ellos el Almirante de la Arma-

da, que bajaba muchas veces del barco "Languzy" a la Escuela.

—¡Ahí viene el gran gruñón!— dijo Tommy, sonriente.

El superior avanzó hacia ellos y quedó mirando a Tommy, pareciendo adivinar lo que pasaba, el cúmulo de inmensas emociones que tenían su nido en el alma del mozo.

—Tommy, hace una semana que estás contemplando este avión.

—¡Sí, mi Almirante!

—A lo mejor te imaginas que soy lo bastante necio para pensar en confiártelo.

—¡Sí, mi Almirante!—respondió con aplomo.

—¿Sí?

Y le miró estupefacto, admirado de su audacia y de la fría serenidad en la contestación.

—¡Bien, prepáralo!—dijo al cabo de un momento de silencio—. ¡Vas a atravesar con él el Pacífico hasta Honolulu!

—¡Sí, mi Almirante!

Rojo de satisfacción vió como su superior se alejaba lentamente.

Cuando estuvo a bastante distan-

cia, Tommy comenzó a saltar alegremente.

—¡Abrazame, Specs, y tú también, Steve!... Abrazadme antes de que pierda el conocimiento.

Steve no sentía la menor envidia por la gloriosa misión confiada a su compañero. Le abrazó con efusión sintiéndose contaminado por la misma alegría.

Pero de pronto pasó como una sombra ante él la visión de Anita, el recuerdo de esa mujer que separaba a los dos amigos, pues ambos la pretendían con el mismo afán.

Ocultando los celos que le devoraban repentinamente, dijo con tono burlón:

—Supongo que irás corriendo a dar a Anita la buena nueva.

—¡No puedo!—respondió rápidamente Tommy—. Tengo que preparar mil cosas.

—Yo también tengo mucho trabajo. Hace tiempo que no he visto a ésa chica—respondió con la misma indiferencia.

Y ambos se separaron, volviendo a repetirse que no podrían moverse de la Escuela.

• • •

Steve, tan pronto se separó de Tommy, decidió ir a ver a Anita sospechando que su amigo no tardaría en aparecer por el hotel donde ella se hospedaba.

Encaminóse al *Gran Hotel*, que era el balneario de moda en aquella costa del Pacífico.

Encontró a Anita en la playa, envuelta en una capa que ocultaba su "maillot" y tendida sobre la arena gozando, antes de echarse al agua, de los rayos del sol.

—¡Anita!—le dijo, sonriente y con la satisfacción de que Tommy no hubiese llegado aún—. No creí que iba a tener la suerte de encontrarte sola.

—Muchas veces pasa lo que me nos nos esperamos.

—Bendigo esa oportunidad... Y la aprovecharé para decirte una vez más que eres adorable, Anita... que te quiero.

Ella sonrió compasiva.

—¡Vaya, Steve! ¡No hables así! Me encuentro tan bien solterita, al lado de mi madre, que no deseo cambiar de estado.

—No debes hablar de esta manera... Tú has nacido para hacer la felicidad de un hombre...

Anita guardó silencio. En su alma de mujer, cerrada aún a las emociones del amor, había despertado un cariño muy hondo, muy arraigado por un oficial de aviación. Pero... al corazón no se le manda... Y no era Steve el elegido por ella, no era Steve la figura soñada y romántica del adorador, sino Tommy, el inquieto Tommy, figura menos arrogante acaso que Steve, más infantil, más de niño bondadoso que aun no acaba de sacudir la timidez.

Steve era un buen camarada, un hermano leal en quien se podía confiar, pero el otro, Tommy, era la ilusión, el cariño inolvidable que llena todas las ansias de una vida.

Iba a contestar a Steve que cesara para siempre en aquel empeño inútil, cuando apareció Tommy, en traje de baño.

El alegre muchacho se había enterado de que Anita había ido a

tomar el baño y se disponía a acompañarla.

Al verse, los dos amigos se miraron con cierta hostilidad, reprochándose el haberse engañado mutuamente.

Anita ya no tuvo ojos más que para Tommy. Le envolvía en la oleada azul de sus grandes y rasgadas pupilas, y Tommy sentía que toda su voluntad era de ella.

—Anita, ¿te ha dado Steve la gran noticia?—le preguntó Tommy.

—No sé nada...

—Pero, hombre...

—Creí que preferirías dársela personalmente—repuso Steve, queriendo enmendar su egoísmo.

—Pues, oye bien... y no te caigas, Anita... Voy a ser un héroe. Me han designado para el vuelo a Honolulu.

—¿De veras?

—El mismo Almirante me lo ha dicho.

—¡Oh, Tommy! ¡Qué feliz soy! ¡Es la mayor alegría que he tenido nunca!

Le estrechaba la mano; prescindía absolutamente de Steve para

dedicar toda su atención a Tommy.

Steve se sentía desairado y en su alma se fraguaba la tempestad amenazadora de iracundos celos... Comenzaba a odiar, a pesar de su amistad, a Tommy.

De pronto la joven se puso en pie y manifestó a Tommy su deseo de ir a tomar el baño.

Quitóse el albornoz y mirando sonriente a Tommy, dijo señalando a Steve:

—¿Qué te parece? ¿Le podemos dar a guardar la capa una vez más?

—¡Excelente idea!

—¡Toma, Steve!

Y poniendo en sus manos aquella capa que parecía simbólica, Anita y Tommy se zambulleron en el agua, mientras Steve, furioso por lo que consideraba una burla, apretaba entre sus manos la capa y permanecía unos momentos de pie contemplando cómo la pareja juguetesaba en el mar, esquivando las olas que querían cubrir sus juveniles cuerpos.

Steve sonrió de pronto, iluminado por una idea maligna.

¡Ah, no era el hombre que tolerase una burla!... Ya verían quién era él.

Y sonriente desapareció de la playa para poner en práctica su mal pensamiento.

Enteróse Steve de cuál era la caseta de baño de su amigo, y sin ser visto por nadie, entró furtivamente en ella.

Tranquilamente, con toda rapidez, se apoderó de los pantalones que Tommy tenía colgados en la percha.

Y con aquella prenda bajo el brazo, salió, disfrutando de antemano con el resultado de su aventura.

¿Qué iba hacer Tommy sin pantalones? ¿Cómo regresaría a la Escuela?

Esto era para Steve una cómica venganza, pero de algún modo debía demostrar su indignación.

Vió ante el hotel el automóvil de Tommy y subiendo ágilmente en él, se marchó hacia la Escuela de Aviación.

Y entretanto, Anita y Tommy se solazaban en su jugueteo con las aguas. Se abrazaban sonrientes,

ávidos de saltar sobre las olas que querían envolverles, y en uno de aquellos abrazos, sus labios se encontraron y cambiaron un beso, dulce, a pesar del amargor del agua.

Se miraron con profunda emoción y luego se echaron a reír, contentos de proclamar mutuamente su secreto.

—¡Oh, Anita... te quiero con toda mi alma!

—¡Y yo a ti, Tommy!

Y ya nada más... Sus almas rimaban al unisono. El amor escribía el nombre de una nueva pareja.

Al salir del mar, se despidieron con un nuevo beso.

—¿Quieres que nos veamos esta noche, Anita?

—Sí, Tommy, donde quieras.

—Pues te iré a encontrar al hotel tan pronto como me vista.

Y después de despedirse de Ani-

ta con un nuevo y ardiente beso, el enamorado aviador se dirigió a su caseta.

Secóse rápidamente, ávido de volver a ver cuanto antes a Anita, y después de calzarse, fué a ponerse los pantalones. Y con la mayor estupefacción, vió que éstos habían... volado.

Registró el cuarto, buscó hasta los últimos rincones de la caseta sin que apareciese aquella prenda de compromiso.

¡Horror! ¿Cómo iba a salir ahora de aquel modo?

No tuvo la menor duda de que se trataba de una hazaña de Steve... El camarada, contrariado porque Anita dedicaba sus atenciones a Tommy, había querido tomarse aquella pequeña y ridícula venganza.

¡Pillo, granujilla!

Púsose la americana, procuró estirarla todo lo posible, pero, ¿cómo ocultar los blancos calzoncillos que le delataban a la legua? Ir de aquel modo, en paños menores, todavía no era moda. Y desesperado, sin saber a quién recurrir, tuvo que aguardar en la ca-

seta hasta que viniera un alma piadosa a sacarle del encierro.

Desdichadamente para él no pudo moverse de allí hasta la mañana siguiente.

Porque cuando al anochecer, se aventuró a salir de la caseta, se encontró con que los balnearios tienen la mala costumbre de cerrar sus puertas desde la puesta de sol hasta el amanecer.

¿Cómo salir, pues, de aquel recinto, sin llamar profundamente la atención o sin escandalizar a las gentes que pudiera encontrar en su camino hacia la Escuela, de la que le separaba una media hora de ruta?

Tuvo que pasar una noche toledana en la caseta de baño, entregándose a todos los demonios y con ansias de lanzarse al mar para que lo recogieran como un naufrago.

Amaneció por fin y, dispuesto a jugarse el todo por el todo, salió de la caseta.

No vió a nadie, salió del balneario, sin encontrar alma viviente, dirigiéndose hacia el sitio donde había el día anterior dejado su auto-

móvil. El coche había también... volado.

Desesperado se aventuró a caminar carretera adelante, en dirección a la Escuela, pasara lo que pasara y aunque le detuvieran por faltas a la moral.

Por fortuna, apenas había andado unos pasos, pasó ante él un carrito portador de leche que iba a las cercanías de la Escuela y pudo subir a él a cambio de un billete de diez dólares.

Media hora después entraba en la Escuela. Avanzó rápidamente por el parque y sintió latir su corazón al ver pasar cerca de él al Almirante en compañía del capitán ayudante.

Aceleró el paso y saludó, horrorizado ante la idea de que sus superiores contemplaran aquellas hechuras... Mas, para su mal, el Almirante, a quien extrañó la presencia en hora tan temprana de Tommy, pudo ver que éste no llevaba pantalones y su asombro no tuvo límites...

¡Vaya... con el sinvergüenza! Y una porción de malos pensamientos llenaron su imaginación de

hombre rigorista, enérgico, pero que cuidaba de sus oficiales con una veneración paternal.

¿Por qué caminos extraviados andaba Tommy? Había que averiguarlo en seguida.

Tommy entró velozmente en el edificio y se dirigió al cuarto de su amigo Steve y que era también el suyo.

Ahora que se encontraba en terreno seguro, no podía contener la risa que le causaba la extraña aventura...

Steve dormía profundamente, con una sonrisa beatífica, tal vez más feliz en sueños que en la realidad.

Tommy era un buen camarada. Al ver a su amigo, no le odió, sino que perdonó su travesura... Se sentía el joven tan feliz al pensar en Anita... Y eso que Steve era el culpable de que la muchacha hubiera tenido que esperar por la noche en vano en el hotel.

Levantó la cama y la sacudió con violencia, despertando bruscamente a Steve que no sabía si se acababa de desarrollar algún terre-

moto o si estaba volando y sufriendo los "baches" atmosféricos.

Al ver a su amigo, le contempló con cierto temor, pero luego mirando sus calzoncillos, se echó a reír.

—Parece que vayas vestido para una inundación—le dijo.

—Te parece gracioso, ¿verdad? Hay bromas tan estúpidas que merecen un castigo ejemplar.

—No sé de qué hablas, chico.

—No mientas; tú te llevaste mis pantalones.

—¿Yo?

—Y también mi coche... Todo ha desaparecido, todo... Eres un mal amigo.

Steve rió a carcajadas.

—Pues bien, te lo confieso; quise divertirme contigo un rato... pero no creí que te estuvieras toda la noche en la playa... ¡Pobre Tommy! ¡Si lo llego a saber!

—¡Sinvergüenza! Eres un mal amigo, muy malo.

—¡No, eso no! Sabes que te aprecio... Pero a mayor amistad, mayor libertad para las bromitas.

—¿Y qué has hecho de mi coche?

—Chico, gracias por habérmelo prestado, pero siento no podértelo devolver.

—¿Por qué? ¿Dónde lo has dejado?

—Colgado del tercer árbol a la derecha, entrando por el pasco...

—¿Esto es el colmo!

—Allí lo encontrarás, si quieres... Tuvo una avería. Pero eso no tiene importancia... Debo anunciarte que anoche estuve en el hotel hablando con Anita y...

—¿Y qué?

—Pues... Anita y yo... ¡nos vamos a casar!

Esta vez Tommy avanzó amenazador hacia su camarada... Sobre la amistad la nube de los celos enturbiaba su limpidez.

—¡Eso no es cierto!—rugió—. ¡Anita no ha dicho eso!

—¡No necesita decirlo! ¡Basta que yo lo diga!

—¡Estúpido! ¿Te haces aún ilusiones? Pues has de saber que ella me ha dicho a mí que me ama.

—¡No lo creo!

—Y me casaré con ella, para que te enteres.

—¡Vas muy aprisa!

La disputa se interrumpió al aparecer el ayudante de órdenes de su Excelencia el Almirante.

—El señor Almirante quiere una explicación de los motivos de esa indumentaria—dijo señalando los "bajos" de Tommy.

—No tiene explicación posible, señor—respondió Tommy, noblemente, no queriendo acusar para nada a su compañero.

—Entonces preséntese al Almirante tan pronto como se haya vestido—ordenó.

Desapareció el ayudante y Tommy mirando con una sonrisa melancólica a Steve, exclamó:

—¡Es una dura manera de probarme tu amistad, Steve!

Steve guardó silencio, avergon-

zado de su travesura. Y embozóse hasta los ojos para que su amigo no viera la turbación que le invadía.

¡Qué mal se había portado él con Tommy! ¡Y en cambio éste había tenido la hermosa nobleza de no acusarle, de no disculparse siquiera!

Un resto de orgullo y sobre todo los celos, hicieron que Steve enmudeciera sin pedir perdón a su camarada... Cubierto hasta los ojos, oyó como su amigo se vestía y abandonada el cuarto, caminó del despacho del Almirante.

Y Steve murmuró entonces pegándose un golpe en el pecho:

—¡Soy un mal amigo! ¡Pobre Tommy!

Tommy había sido arrestado por la mañana. Por la tarde en que iba a tener lugar la inspección semanal de vuelos, se le levantó el castigo.

Extrañada Anita de que Tommy no hubiera ido la noche anterior al hotel, como había pro-

metido, fue al campo de aviación, en su coche.

Encontróse primero con Steve. Este, que se hallaba de mal humor durante todo el día, llenóse de alegría al ver a Anita y ya no volvió a acordarse del compañero que había sufrido arresto por su culpa.

—Anita—le dijo corriendo al encuentro del coche que ella guiaba—. ¿Me vienes a ver a mí?

—A ti y a Tommy.

—Pero, ¿por qué esta predilección por ese muchacho? Es un mal aviador.

—No digas eso... Tommy es un héroe... Y será un nuevo Lindberg cuando se corone de gloria en el vuelo a Honolulu.

—Yo sería más valiente que él... si tú me mandarás cometer cualquier poderosa hazaña... Anita, ya no sé qué decirte para que te cases conmigo.

—¡No puede ser!

—Te advierto que es mejor que me tomes, antes de que otra lo haga.

—¡Oh, será cuestión de ir pensándolo!

Vieron avanzar a Tommy que, salido del arresto, iba vestido de aviador, pronto a levantar el vuelo en el reconocimiento semanal.

—¡He ahí el famoso aviador! —dijo Steve.

—¡Déjalo en paz! —contestó Anita—. No quiero que le molestes.

—Soy el jefe de la escuadrilla y hoy le voy a hacer volar de verdad—dijo, decidido, volviendo a sentir iracundos celos contra el camarada.

Y alejose de Anita para ir a dar varias órdenes a los oficiales que estaban preparando sus aviones para el inminente vuelo.

Tommy, que había salido disgustado del cuarto de guardia donde permaneciera en arresto durante varias horas, se acercó a Anita, y torpemente, con profunda emoción, se excusó por haber faltado a la cita de la noche última.

No le confesó el verdadero motivo de su ausencia, inventando un asunto de servicio inaplazable, urgente.

Ella le creía sinceramente conmovida, escuchando con agrado las dulces palabras del aviador.

El joven la abrazó suavemente y siguió murmurándole las estrofas más ardientes de su cariño.

Después Anita le entregó un hermoso pañuelo de seda y le dijo:

—Te he traído este pañuelo para que te dé buena suerte, Tommy.

—Lo llevaré siempre conmigo, y será mi mascota en el viaje a Honolulu.

—Estoy segura de que te cubrirás de gloria.

—Con tu talismán y tu recuerdo, venceré...

—¡Tommy mío!

De buena gana se hubieran besado; pero se escuchó el cornetín de órdenes que indicaba que los aviadores debían ocupar sus aparatos, y Tommy despidióse febrilmente de su amiga, yendo hacia

su avión, pronto a emprender el vuelo.

Steve le miró sonriente y le dijo al verle con la alegría de la felicidad en los labios:

—Este es tu último vuelo con la escuadrilla, Tommy... ¡A ver si te luces en él!

—¡Hoy más que nunca! ¡Te lo aseguro!

Y las miradas de ambos coincidieron en Anita que se disponía a presenciar las evoluciones de los caballeros del aire.

Varias escuadrillas aéreas surcaron el espacio, y en el limpio azul del cielo, comenzaron a simular tremendos combates como en tiempos de guerra; realizando ejercicios arriesgados y magníficos.

Aviones modernos, eran de los que no se quemaban bajo el sol. Caballeros del siglo de los adelantos y de la civilización tomaban posesión de las rutas del aire, inexploradas durante centenares de siglos.

Presenciaron las maniobras de los aviones el Almirante y varios jefes de la escuadra y la aviación.

Anita contemplaba también emocionada aquellas difíciles evoluciones. Junto a ella, Specs le indicaba siempre cuál era el avión de Tommy.

Se desarrollaron bien las maniobras. Unos aparatos estaban destinados a lanzar bombas; otros a tirar torpedos, terrible artillería del aire; otros aviones se hallaban

clasificados como aparatos lanza-humos, y finalmente había los aparatos de combate que eran los gladiadores del aire, los destinados a luchar con el enemigo.

Steve mandaba la escuadrilla de combate que ahora volaba a considerable altura y en perfecta formación, como una inmensa línea que avanzase por el espacio.

Después a una orden del jefe, la línea se fraccionó, se onduló, pareció estremecida por un extraño temblor... Los aeroplanos emparejaron comenzando a simular combates.

Steve tomó por su cuenta a Tommy... Sabía que abajo, contemplando los simulacros, se encontraba la mujer que los muchachos pretendían, y querían lucirse ante ella, con el poder de la emulación.

Steve comenzó a perseguir el aeroplano de Tommy con extraordinaria violencia, rozándole con su cola, obligando continuamente a Tommy a rápidos cambios de dirección.

Desde tierra, Specs dijo a Anita:

—Mira, ahí va Steve... Y también Tommy.

La muchacha contemplaba impresionada aquellas acrobacias, aquel combate de los dos aviones en que parecía perdida toda la fuerza de gravedad.

—Mira. ¡Tommy va delante!— exclamó Anita creyendo que esto significaba ventaja para su amado.

—Va delante por la fuerza... Es Steve quien le persigue para obligarle a simular un combate— aclaró Specs.

—¿Sí?

—Y quien persigue al rival y le obliga a aterrizar, es quien gana el duelo.

Arriba, en el espacio, Tommy se había dado cuenta del propósito de Steve de obligarle a aterrizar... Lanzó los motores a toda marcha y comenzó a elevarse, haciéndolo a la vez Steve.

Mas Tommy, que había adquirido ya una majestuosa destreza en el gobierno del aparato, logró ganar ventaja a su contrario y avanzando muy por encima de él consiguió ponerse detrás y em-

pezó a su vez a perseguir el avión de Steve.

Estaba seguro de que vencería.

Steve, al verse ahora perseguido, quiso elevarse de nuevo para recuperar la ventaja anterior, sin conseguirlo.

Y allá en el terreno de la Escuela seguían comentándose las hazañas de los aviadores y el diferente resultado de los combates aéreos.

El Almirante no parecía demasiado satisfecho de la exactitud y destreza del combate y así hubo de manifestárselo varias veces a sus ayudantes.

Anita contemplaba palmoteando de júbilo la lucha que sostenían Tommy y Steve, admirando al primero que llevaba una envidiable ventaja.

—¡Va a ganar Tommy!

—¡Sí, Steve no puede escaparle!—dijo Specs.

—¡Vencerá, vencerá!

Y seguía palmoteando, pareciendo que aquellas muestras de su entusiasmo debían ser oídas allá arriba.

Tommy, optimista y seguro del triunfo, continuaba persiguiendo a su rival.

Steve comprendió que estaba perdido; Tommy le rozaba ya las alas, encima de él, con majestuosa superioridad, impidiéndole todo movimiento.

Tuvo que rendirse a la evidencia. Su rival era más fuerte que él, y de ser aquel un combate auténtico, a estas horas Steve y su aparato estarían hechos papilla.

Por tanto, vióse obligado a aterrizar, es decir, a declararse vencido.

Lo sentía únicamente porque Anita les estaba observando, pues por lo demás él debía reconocer la brillantez, la perfección con que Tommy había llevado las distintas fases de la batalla.

Aterrizó momentos después y bajó del aparato.

Tommy seguía haciendo evoluciones a muy escasa altura. Contento de su triunfo que le enorgullecía magníficamente y le alegraba por Anita y porque era una pequeña venganza al episodio cómico de los pantalones, deseaba

apurar hasta el fin el néctar de la victoria.

Viendo a Steve avanzar solo por el campo, hizo descender su avión hasta cerca del suelo y volar por encima de su amigo, a tan baja distancia que de no agacharse Steve inmediatamente, las ruedas del aparato le hubieran segado la cabeza.

Parecía divertirse en aquel juego, y Steve volvió a levantarse y siguió su marcha hacia el edificio de la Escuela, pero de nuevo Tommy orientó su avión hacia el derrotado y por segunda vez tuvo Steve que echarse al suelo para no ser decapitado por el hidro.

Aquello era una imprudencia temeraria; un epílogo innecesario de la victoria.

El Almirante puso el grito en el cielo y habló con su ayudante protestando contra aquellas últimas maniobras de Tommy que habían puesto en peligro la vida del teniente Steve.

Anita dióse cuenta a su vez de la famosa hazaña de su novio y no le agradó aquel peligroso atrevimiento.

También Specs mostró su contrariedad.

—Tommy no debía de haber hecho eso—dijo—. Es una imprudencia que pudiera haber resultado trágica. Si Steve no se tira al suelo, a estas horas habría muerto.

—Parece imposible que Tommy se porte así...—dijo Anita, deliciosa mujer a quien las injusticias sublevaban aunque las hiciese el propio hombre adorado.

¿Por qué para demostrar lo que valía había tenido Tommy que recurrir a tan reprobables procedimientos? La vida de Steve era importante. Ella quería a ese muchacho como a un hermano y le desagradaba le hubieran podido causar el menor mal.

Tommy descendió momentos después de su avión y guardóse en el bolsillo el pañuelo que creía le había dado el triunfo.

Sonrió al ver aparecer a Anita. Pero ésta, muy severa, muy fría le increpó.

—Tommy, no esperaba eso de ti.

—He dado una lección a ese orgulloso.

—Has obrado mal. Es una temeridad y no debías de haberlo hecho después de haber aterrizado Steve.

—Todo ha sido una broma... Comprenderás que yo...

—Una broma que ha estado a punto de acabar en tragedia.

—Era preciso que Steve reconociera mi absoluta superioridad.

Apareció en aquel momento el ayudante de su Excelencia el Almirante.

Tommy cuadróse militarmente ante él.

—Preséntese al Almirante a bordo del "Langley"—le dijo escuetamente.

—¡A la orden, mi capitán!

Cuando el ayudante hubo desaparecido, los novios se miraron desolados, comprendiendo la responsabilidad en que Tommy había incurrido con su proceder y las

consecuencias de aquel acto reprochable.

Cogió una mano de Anita y dijo, arrepentido:

—Estoy apenado por lo que he hecho, Anita.

—Yo también lo estoy, Tommy... ¿Qué va a decirte el Almirante?

—No me libraré de una severa reprimenda... Y lo más seguro es que vaya acompañada de un arresto.

—¡Pobre Tommy! ¿Por qué tuviste que obrar así?

—Hice mal, Anita... Pero... a lo hecho, pecho... Me voy al portaaviones... Veremos con qué cara me reciben.

Y después de besar la mano de su novia, corrió a cambiarse de traje para presentarse cuanto antes a su superior.

* * *

Esperó sobre la cubierta del "Langley", el buque porta-aviones de la Armada, varios minutos que le parecieron siglos.

Apareció por fin el Almirante y mirándole con profunda severidad le dijo con palabra entrecortada por una ira irreprimible:

—Tommy Winslow, lo que usted ha hecho esta tarde es una temeridad que ha podido costar la vida a usted y al teniente Steve Randall.

—Señor Almirante, crea que estoy sinceramente apenado...

—No se excuse. Era antes cuando debía usted razonar... En castigo por lo que ha hecho, queda usted relevado del vuelo a Honolulu. ¡Hará usted la travesía a bordo de este barco!

El Almirante llamó a Steve que por orden suya se hallaba también a bordo, y le dijo:

—¡Usted mandará el avión que debe atravesar el Pacífico!

—¡Oh, mil gracias, señor Almirante!

Y saludó militarmente, enorgullecido por aquella prueba de confianza y mirando sin rencor a Tommy que, apesadumbrado por su derrota, se alejó de allí, sufriendo dolorosamente.

Steve se vió rodeado por varios compañeros, entre ellos, Kewpie, que le felicitaban por su elección, y a quienes el joven dijo, satisfecho:

—Estoy encantado. Ya era hora de que reconociesen mis méritos.

Y mientras Tommy quedaba en el barco, adscrito a su nuevo destino, su amigo Steve volvía a la Escuela de Aviación para preparar el vuelo a Honolulu.

Al día siguiente el "Langley" recibió orden de zarpar en dirección a la isla oceánica.

Tommy se había despedido de su novia con una ardiente carta, pues las órdenes de la superioridad le impedían hacerlo personalmente.

Vió con profunda melancolía cómo se alejaban del puerto y divisó ya en lontananza la Escuela de Aviación de la cual él hubiera tenido que partir para el vuelo trasoceánico.

¡Qué estúpido había sido! En aquel momento se acordó de Dizzy que perdió su carrera a causa de una ligereza. También él por una necia travesura acababa de perder las posibilidades de cubrirse de gloria en el vuelo audaz y peligroso.

Kewpie había desembarcado del

portaaviones, pues como encargado de la telegrafía debía acompañar a Steve en su viaje aéreo.

Hacia dos días que el "Langley" se hallaba navegando por el Pacífico, cuando Steve, en la Escuela, recibió la orden de partida para Honolulu.

El vanidoso teniente estaba entusiasmado... Por fin tenían una realidad sus sueños de gloria acariciados en las horas de quimera. Ya verían todos de lo que él era capaz.

Le acompañaba el teniente Allan, como observador; el alférez Specs como técnico de ruta, y Kewpie, encargado de la telegrafía. Este muchacho a pesar de su exceso de nerviosidad, se felicitaba de haber sido elegido para aquel vuelo, juntamente con dos antiguos camaradas de la Academia.

Con el tiempo había ido apaciguando su temperamento y además tenía una fe ciega, una confianza absoluta en Steve.

¡Lástima solamente que Tommy no fuera con ellos! Entonces los cuatro compañeros, a bordo

del gigantesco hidroavión, sobre el inmenso y desierto Pacífico, habrían podido hacerse la ilusión de que volvían al pasado.

Era inútil preocuparse. Tommy estaba en el buque portaaviones y no había remedio.

Anita, que estaba profundamente desolada por el castigo impuesto a su amado Tommy, no dejó, sin embargo, de ir a despedir a Steve, a quien consideraba como un hermano.

—Steve, deseo que tengas éxito en tu empresa—le dijo.

El, loco de contento al ver que la joven había ido a despedirle, le respondió:

—Anita, ¿no quieres decirme finalmente que me quieres?

—Lo siento, Steve, pero no te lo puedo decir.

Y sus ojos miraron el cercano mar, como atisbando el lejano horizonte, buscando en él al barco en el que iba el único hombre que había conmovido su alma.

Steve sonrió con amargura. Moviéndose resignadamente la cabeza y dijo:

—No insistiré más. Me olvida-

ba que hay un obstáculo para que me quieras.

Y besándole emocionado la mano, subió al avión.

En la hora suprema en que iba a emprender el vuelo más importante de su vida, comprendió que Anita seguía amando, cada vez más, con amor inmortal, a Tommy.

Inútil que Steve realizase toda clase de heroïcidades, de acciones valerosas, de hazañas que fueran pasmo y admiración del mundo. Anita seguiría amando a Tommy aunque éste fuese el hombre más oscuro de la tierra, un ser anónimo confundido en el montón de la vulgaridad... Y aun tenía la desventaja de que no era así. Tommy era un gran aviador y estaba destinado a un porvenir brillantísimo.

No sentía rencor alguno contra él por lo que le había hecho el día del simulacro de combate, cuando le rozó la cabeza con el avión. Le perdonaba. Había sido una contestación al absurdo robo de los pantalones.

No insistiría... Anita había muerto para él, a lo menos en apa-

riencia. En el fondo de su corazón viviría su recuerdo por muchos años, acaso para siempre.

Dejando a un lado aquellos amargos pensamientos, dió las últimas órdenes para partir y, media hora después, con los cuatro hombres a bordo, el hidroavión estaba a punto para elevarse majestuosamente y atravesar el Pacífico, el mar de las mayores tempestades.

En el instante de salir, un mecánico entregó un radiograma a Steve.

Este lo desdobló y leyó:

Teniente Steve Randall,

Base Aérea Naval,

Confía en tu triunfo completo.
Todas tenemos confianza en ti.
Buena suerte.

Tommy

Mostró el despacho a Anita y exclamó, conmovido por aquella muestra de amistad de Tommy:

—¡Ya quisiera ser yo la mitad de persona decente que es Tommy!

¡Simpático camarada! Había sido relevado del vuelo, y sin embargo, felicitaba a su sucesor, al

hombre indirectamente culpable de lo sucedido. Era un gran corazón.

Volvió a estrechar la mano de Anita que sentíase igualmente emocionada por el radio de Tommy, y tomó el mando del aparato.

—¡Adiós, Anita, adiós!

—¡Adiós, Steve, buena suerte!

Giraron las hélices de los motores, momentos después el hidro resbalaba sobre el mar y se elevaba triunfal, veloz, perdiéndose pronto en la lejanía como un punto negro.

El vuelo proseguía con toda normalidad. Durante varias horas volaron cerca de la costa, hasta llegar a Punta Loma, el último pedazo de tierra firme. Ya desde allí se extendía el mar sin horizontes en toda su inmensidad y sobre ese océano desierto debían volar unos cuatro mil kilómetros que les separaban de Honolulu.

En el "Langley" que seguía también lentamente su marcha hacia Honolulu, y al que el hidroavión había ya sobrepasado de sobra, se recibían continuas noticias radiotelegráficas del desarrollo del vuelo.

Durante las primeras horas los despachos acusaron que todo iba bien, que a bordo reinaba el más claro optimismo y que todos esperaban efectuar el viaje sin contra-

tiempo de ninguna especie. Pero luego las noticias no fueron ya tan diáfanas y en todos los corazones la duda y el temor encendieron sus dos llamas.

En la cabina de la radio, estaba reunido el Almirante con toda la oficialidad en espera de las nuevas comunicaciones. Tommy estaba con sus amigos y comenzaba a temer, angustiado por la suerte de aquellos audaces compañeros, héroes del aire.

El primer radio amenazador decía así:

Vapor Langley.

Fuerte tempestad a la vista. Procuraremos superarla pasando por encima.

Steve

Luego, una hora después, el nue-

vo despacho, conciso y breve decía:

Estamos luchando contra fuerte tormenta.

El Almirante movió la cabeza, contrariado.

—No creo que Steve pueda remontar la tempestad con el peso de la gasolina que llevan.

—A poco que eso sea posible, Steve podrá hacerlo, Excelencia—respondió Tommy que tenía una fe ciega en su amigo.

—¡Ojalá!

Pero los nuevos radios anunciaban que la tormenta se hallaba en toda su intensidad y que ellos eran juguete del viento. La incertidumbre y el pesimismo invadían a toda la tripulación del "Langley".

En efecto, Steve y sus amigos se hallaban luchando en el hidroavión con uno de los temporales del Pacífico.

En la oscura noche, a tres mil metros de altura, se hallaban combatiendo denodadamente contra la violencia del huracán y de la lluvia.

El gigantesco hidroavión, sorprendido en medio de la tempe-

tad, era un insignificante juguete de los elementos desencadenados. Las alas del aeroplano amenazaban romperse, sacudidas por el peso del agua y los tirones brutales del vendaval.

Steve seguía conservando la dirección entre las espesas nubes que arrojaban sin cesar un diluvio de agua.

La noche trágica era iluminada de vez en cuando por las líneas ondulantes de los relámpagos.

Abaajo el mar rugía como un bosque donde se hubieran congregado todas las fieras del mundo, y las olas enormes y negras se alzaban en alturas considerables, como enormes montañas movedizas.

Steve, Specs y Allen oteaban el espacio y vigilaban los aparatos del avión. Kewpie, temblando como un azogado, se encontraba en la cabina telegráfica emitiendo sin cesar los trágicos momentos de su situación. ¡Ah, maldecía la hora en que quiso saber nada de los aviones! ¿Por qué se veía él metido en una aventura de la que seguramente no saldría con vida?

La furia incomparable del huracán arrancó los aparatos de mando y el avión comenzó a caer, a precipitarse en el vacío.

Fué cosa momentánea, de extraordinaria rapidez. Fueron bajando, bajando, cayendo hacia el mar, en la seguridad de que iban a hundirse para siempre en el seno de aquellas montañas líquidas.

Kewpie pudo aún emitir el despacho supremo que indica siempre la mayor angustia:

S. O. S.

Después el avión chocó con violenta furia contra el mar, quebrándose sus alas, rompiéndose nuevas

piezas de su construcción y quedando medio desvanecidos sobre él los cuatro hombres...

En la obscuridad de la noche, los desgraciados aviadores, agarrados a los restos del aeroplano, movidos de un lado a otro por la furia de las olas, comprendieron que su salvación era problemática.

El aparato de radio no funcionaba ya... Estaban solos, sin amparo de nadie en la noche.

Y sus cuatro almas, débiles ante la dolorosa adversidad, ante la muerte que ya veían cercana, se elevaron a Dios en una última y angustiosa imploración.

* * *

En el "Langley" se habían recibido los despachos:

S. O. S. S. O. S. S. O. S.

Después, el silencio, la quietud, la inmovilidad de los aparatos que en vano preguntaban al espacio por aquellos cuatro héroes del aire.

—¡No han tenido tiempo de darnos su posición!—dijo el Almirante.

Tommy sufría dolorosamente. Sentía como cosa propia la suerte de los tres amigos... ¿Dónde estarían? ¿Habría alguna posibilidad de salvarles?

—¡Que estén todos los aparatos dispuestos para salir a buscarlos al empezar el día!—dijo el Almirante.

Y al amanecer, los hidroaviones, entre los cuales estaba el de

Tommy, remontaron el vuelo, para indagar el paradero del gigantesco aparato perdido.

Entretanto, a bastantes millas de allí, permanecían los cuatro náufragos en el mar, sobre los restos del avión. El mar estaba ahora en calma.

Comenzaba a atormentarles la sed, una sed cruel, que apretaba sus gargantas.

Specs se quejaba dolorosamente.

—¡Me parece que tengo las dos piernas rotas, Steve!—dijo.

—¡Pobre amigo mío!

Puso la mano en sus piernas, pero Specs lanzó un grito horroroso. No podía moverse. Indudablemente en la violencia del choque se las había fracturado.

—¡Valor, Specs, pronto vendrán a buscarnos!

Y tocó su frente. Ardía. Estaba cubierta de un sudor angustioso. La fiebre devoraba al muchacho.

—¡Me muero de sed!—murmuró abriendo los labios resecos.

—Espera... Ahora te daremos agua.

Llamó Steve a Kewpie y le dijo:

—Procura sacar el termos de abajo, corre.

El muchacho, sosteniéndose dificultosamente, entró en el interior del avión y reapareció poco después trayendo la botella pedida.

—¡Bebe... bebe!...—dijo Steve al herido.

Y el pobre joven bebió un sorbo de agua, dulce líquido que ponía un momentáneo alivio a su cuerpo.

—Ahora bebe tú, Steve...—dijo Specs.

El jefe del hidro examinó el termos; quedaba poca agua, si ellos bebían, no habría la suficiente para calmar la sed del desdichado Specs que aumentaba a cada momento bajo la fiebre devoradora que le envolvía.

—No, gracias, no tengo sed—murmuró con sencillez heroica a pesar de que no podía tragar la saliva, tan seca estaba su garganta.

Y Allan y Kewpie comprendiendo la misma gloriosa actitud de su superior, repitieron también con un hermoso sacrificio:

—¡Gracias, no tengo sed!...

Y así permanecieron horas y horas, bajo el tormento espantoso de la sed, abandonados en medio del mar, sin rastro humano en ninguna parte, amenazados por las nuevas tempestades que sin cesar agitan el viento feroz del Pacífico.

Steve y sus dos compañeros continuaban el sacrificio de no beber. Tendidos sobre los restos del avión, caldeados bajo el sol, no podían apenas hablar. Y las últimas gotas de agua las seguían dando al camarada gravemente herido.

En un momento de lucidez, Specs se dio cuenta del estado de sus compañeros, y cuando Steve quiso darle de nuevo unas gotas de agua, las rechazó y dijo:

—Sólo queda un poco de agua y me la estás dando toda a mí.

—No, Specs—respondió Steve, queriendo aparecer alegre—. En la cabina tenemos toda la que nos hace falta bien cerrada abajo.

—¡Me engañáis!

—¡No... no!...

Specs cerró los ojos y volvió a caer en un sopor profundo.

Y entretanto, los aviones del "Langley" regresaban a su base sin haber encontrado rastro alguno del hidroavión de Steve... Volvían a emprender la marcha con el compañerismo gentil de los caballeros del aire, nunca dispuestos a rendirse a la evidencia de la derrota.

Con el mismo noble espíritu de compañerismo y con una emoción fraternal, Tommy buscó por el mar desde su aparato, a sus desdichados camaradas.

Ni un indicio, ni un rastro, ni una señal... ¡Ah, los habría tragado acaso para siempre aquel mar en cuyo fondo pavoroso había enterradas tantas víctimas!

Regresó al "Langley" para proveerse de nueva esencia y volver a salir con un afán inaudito de encontrarles.

Steve y sus amigos eran como hermanos suyos, como si fueran de su propia sangre...

Y varias veces tuvo que regresar derrotado, sin hallar a los aviadores perdidos.

Varios días transcurrieron en angustiosa espera, con las últimas gotas de agua, y Specs sabía que las guardaban para él.

Entre los ardores de la fiebre el pobre muchacho veía a sus compañeros tendidos junto a él, resignados a morir, con las fauces sedientas y durmiendo, rendidos por la tensión nerviosa.

El herido avanzó hacia el termos y vio que sólo quedaba un sorbo de agua... Y por él, para que él bebiere, los tres héroes se privaban de llevar a sus labios ni siquiera una gota de aquel precioso líquido.

Recordaba ahora haber visto a Steve humedecerse uno de los dedos y chuparlo fuertemente entre sus labios, para experimentar una pequeñísima ilusión de agua que calmara su sed.

¡Ah! Specs movió la cabeza, desalentado... No había salvación para ellos. Habían pasado varios días y nadie iba a buscarles. Tendrían que resignarse todos a morir.

Pero Specs pensaba que él iba a ser el primero en desaparecer.

Seguía teniendo sed, una sed terrible, una sed que agotaría los últimos sorbos de agua...

Movió la cabeza con horror... No, no... El no tenía derecho a que sus amigos continuaran sacrificándose de aquel modo. Bastante habían sufrido ya por él, sin beber una gota de agua.

Un pensamiento trágico, fuerte como un martillazo, se le clavó en su imaginación.

Que bebiere, que no padeciesen más, que pudiesen apurar aquella poca agua que le reservaban a él.

Dirigió una última mirada a aquellos heroicos compañeros y fué arrastrándose sobre los restos del avión hasta llegar a una de sus puntas. Vaciló unos instantes, como si un último amor a la vida le quisiera retener allá, pero luego decidió a no ser un obstáculo para aquellos héroes que por él se privaron de beber, avanzó más y más hacia las olas, hasta que de repente su cuerpo se dobló y vino

a caer rápidamente en el mar.

No se sintió un grito; las olas con su eterno rumor acallaron acaso el que pudo lanzar Specs en el instante de verse tragado hacia el fondo.

Media hora después despertó Steve; cogió la botella del termos para ir a dar los últimos sorbos al herido y vió con los ojos dilatados por el espanto que Specs había desaparecido.

Despertó bruscamente a sus compañeros y todos, atónitos, comenzaron a mirar las cercanas olas, creyendo ver aparecer al desdichado. Pero ni un rastro en el mar; nada de él.

Lloraron, sintieron desgarrarse sus carnes de desesperación.

¡Specs, Specs! ¡Habría caído al mar... o acaso, se habría echado a él para no ser un obstáculo, para que pudiera repartirse el agua entre los demás!

—¡Sí... sí!... ¡Se ha echado... se ha suicidado!—dijo Steve, llorando—. Lo presiento... El adivinaba la verdad... Sabía que estábamos sedientos y nos sacrificábamos por él... ¡Pobre amigo!

Y entre las horas crueles que estaban pasando desde que cayeron al mar, ninguna tan amarga, ninguna tan espantosa como aquella en que lloraron por el amigo perdido.

Entretanto en el "Langley" se había recibido una orden del gobierno que decía así:

Perdida esperanza encontrar aviadores, continúen rumbo a Honolulu.

El Almirante lamentó profundamente el fin de aquellos valientes, pero se dispuso a cumplir la orden superior... Tommy, que estaba a la sazón hablando con él, suplicó al enterarse de aquel despacho:

—Conozco a Steve Randall, mi Almirante, y estoy seguro de que los tiene a todos a flote.

—Sin embargo...

—La Armada no puede resignarse a perder héroes como Steve... Por favor, Almirante, déjeme intentar encontrarlos por última vez.

Vació el superior y luego ante la decisión y valentía de aquel muchacho, contestó:

—Perfectamente. Salga de nuevo. Usted ha emprendido el vuelo antes de recibir esta orden, ¿comprende?

—¡Sí, mi Almirante!

Y loco de júbilo subió a su hidroavión y lanzóse de nuevo a indagar el paradero de los héroes.

Largas horas inútiles, largas horas de ansiedad, en que en vano buscó a los náufragos.

Pero en sus constantes exploraciones por el aire, llegó hasta cerca de donde estaban los abandonados.

Steve, que permanecía ensimismado, en una dolorosa postración, junto a sus camaradas resignados a morir, fué el primero que percibió el ronquido del avión.

Levantó los ojos y pudo ver por fin, con indescriptible alegría, un aeroplano, anuncio de salvación y de vida.

Llamó a sus compañeros y loco de júbilo comenzó a hacer señales agitando banderas para que pudieran verle el aviador.

Y por fin, Tommy, cuando ya desesperaba de nuevo del éxito de su última y suprema expedición, vió

a los náufragos que hacían señales desesperadas.

Tuvo una inmensa alegría, una de las más puras alegrías de su vida al conocer que acababa de prestar tan inapreciable servicio.

Se encontraba a gran altura. Describió varias vueltas alrededor de los náufragos para que éstos comprendiesen que habían sido vistos y se dispuso a regresar al "Langley" para que el buque se acercara y les recogiera. Tomó antes exacta nota de la posición geográfica en que se encontraba.

Pero al regresar, dióse cuenta de que acababa de producirse una importante avería en el mando de la nave, cosa que iba a imposibilitarle de volver al "Langley" con la buena nueva.

Era preciso amarar, pues el hidroavión perdía velocidad a cada instante.

¿Qué hacer ante aquel conflicto? Si amaraba, todo estaba perdido. Desde el "Langley" ignoraban su situación y entonces no habría salvación ni para él ni para los tres náufragos.

Tommy tuvo entonces un gesto

heroico para llamar sobre sí la atención del "Langley" y poder salvar a sus compañeros.

Empuñó una pistola y disparó contra la cañería de la gasolina... El avión se vió rápidamente envuelto en llamas y fué cayendo al mar como una estrella que se estuviera desangrando.

Tommy manteníase en el volante y cayó muy cerca de sus compañeros, nadando hacia ellos, hasta conseguir saltar a los restos del otro hidroavión.

¡Escena conmovedora, sublime, la de aquellos muchachos perdidos en el mar, al verse todos juntos!

Se abrazaron llorando, casi sin poder articular palabra...

Steve y Tommy, emocionados, se fundieron en un abrazo sincero, emocionante, abrazo de hermanos...

—¡Buen Tommy! ¡De nada ha servido tu exploración!—dijo Steve con amargura—. También tú has caído.

—¡Quién sabe, Steve! ¡No desesperes! Yo mismo he incendiado el aparato para llamar la atención del portaaviones. Pero, ¿y Specs?

—¡Pobre Specs!

Y le explicaron su sublime sacrificio, la sencillez heroica con que había puesto fin a su vida modesta y oscura de héroe.

¡Pobre camarada bueno!

Tommy había tenido razón... Desde el portaaviones vieron la llama que dejó el avión al caer, y pusieron en marcha el barco hacia aquella dirección hasta llegar junto a los naufragos.

Y una hora después, los desdichados aviadores eran recogidos a bordo del "Langley".

* * *

Pasaron unas semanas. Tommy, Steve, Kewpie y Allan convalecían a bordo de un elegante buque hospital, viviendo una existen-

cia regalada y dulce, después de las horas emocionantes.

El Almirante estuvo a verles un día y les estrechó la mano. Este

viejo tenía un corazón paternal, pero protestaba contra todo lo que fueran mimos excesivos.

—¡Enfermeras y sillas de viaje!—dijo—. ¡Vaya un regalo para un marino! ¡No sé cómo el doctor no os manda también poner perfume en la sopa!

Censuró, sonriente, de que cuidaran como señoritas a aquellos valientes que se habían portado como los más dignos héroes de la historia.

—¡Qué cosas, diablo! Ni que fuérais muchachas...

Miró a Tommy que sonreía beatífico y feliz.

—¡Y encima el Senado quiere darte una medalla!—añadió—. Si no están locos me dejó condenar. ¡Ay, Dios!... Antiguamente teníamos barcos de madera y marinos de acero. Ahora es al revés. ¡Pues no estáis poco contentos aquí!

Y el Almirante se alejó en compañía de su ayudante, protestando de que cuidasen a sus marinos con aquel excesivo y bondadoso trato... Era demasiado. Se les acostumbraba mal.

Al marchar encontró a Anita

que iba acompañada de su madre. Viendo que la muchacha miraba emocionada a Tommy al que no había vuelto a ver desde aquel día del simulacro, le dijo:

—Señorita, está usted interesada por alguno de ellos, ¿verdad?

Ella sonrió y volvió a mirar a Tommy.

—Y, seguramente, no sabe usted lo que es una paca de estribo y un taco de babor, ¿eh?—continuó el Almirante.

—¡Oh, no!

—¡Bah!—dijo, bondadosamente—. Al fin y al cabo no importa. Tampoco lo saben ellos... y son oficiales de marina. Pero como hombres de corazón, le aseguro que no podría encontrar otros semejantes...

Y Anita avanzó hacia Tommy que estaba con Steve. Vaciló antes de abrazar al hombre que amaba, como si la presencia de Steve la contuviese. Pero éste, sonriente, dijo:

—No temas, Anita... y tú tampoco, Tommy... Para siempre renuncié a mis sueños... Habéis na-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cido el uno para el otro... Nunca estorbaré vuestra felicidad... Os quiero como a hermanos...

—¡Mi buen Steve!—dijo Tommy—, ¡Gracias!

Y su mano estrechó la suya con varonil ademán.

Los dos novios cambiaron un dulce beso, alejándose por cubierta, mientras Steve iba a reunirse

con otros compañeros, dispuesto a acallar para siempre el amor que había experimentado por Anita.

El era joven... no le faltaría alguna otra mujer, alguna buena muchacha a la que poder amar. Y si no, se contentaría con la felicidad ajena, con la felicidad del hombre que había expuesto su vida por él.

FIN

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mac Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrium, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donallen.—Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Grete Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Ariette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Grete Garbo.—Tripoli, por Esther Rolston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes. La ciudad castigada. Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Agullas triunfantes, por Phillipa Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Len Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hilos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo Amante.—Moulin Rouge, La Ballarina de la Opera, Ben-Alf, Los Cuatro Diablos, Rie, payaso, riel, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, ¡Nocturno!., La ruta de Singapur.—La Actriz, Mister Wu, Renacer, El despertar, Las tres pasiones, La melodía del amor, Cristina la Holandesa, ¡Viva Madrid, que es mi pueblo!, Sombras blancas, La copla andaluza y Los cosacos

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

PRÓXIMO NÚMERO: La inmortal novela
EL CONDE DE MONTECRISTO

(Novísima adaptación cinematográfica de la obra de ALEJANDRO DUMAS)

insuperable presentación, ¡2 tricromías, 21
16 ilustraciones en papel couché

Novela completa

Precio: 1 peseta

ACONTECIMIENTO

En breve, la sensacional novela
en veinte cuadernos:

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Lujosa presentación. Portadas
a colores. Nutrido texto, con
ilustraciones



UN CUADERNO SEMANAL, LOS JUEVES

Precio: 25 céntimos

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Berbaré, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



RAMÓN
NOVATO

DIRECTOR FRANCISCO - MARÍA BISTAGNI

EDICIONES
BISTAGNI

Precio: Una peseta 1

PASADIZO DE LA FERIA